COMEDIA NUEVA.

EL ALCIDES DE LA MANCHA, Y FAMOSO DON QUIXOTE.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Cardenio.
Don Fernando.
El Maesse Nicolàs.
El Cura.
Don Juan.
Don Antonio.
Don Luis.
Don Quixote.
Sancho Panza.



Lucinda.
Doña Clara.
Dorotea.
Zorayda.
Maritornes.
Un Ventero.
Un Barbero.
Dos Quadrilleros.
Dos Criados de D. Luis.

PRIMERA JORNADA.

Salen el Cura, y Maesse Nicolàs.

Maes. Vive Dios, que yà no hay
paciencia para que andemos
de esta suerte por un loco.
Cura. Pues yà lo hicimos empeño
es fuerza continuar
la empressa.
Maes. Què parentesco
ustèd, ni yo, Padre Cura,
tenemos con este necio
para que empeño lo hagamos?
Cura. Basta ser amigo nuestro,
y vèr por essos caminos

vè

và con ſu locura, expueſto
à que le ſuceda alguna
infelìz tragedia.
Maeſ. Cierto,
que me admira vèr que un hombre
de tan crecidos talentos,
por eſſos malditos libros,
y diabolicos enredos
de Cavalleros Andantes,
aſsi aya perdido el ſeſſo.
Cura. Aplicòſe à eſſa lectura
con tan crecido deſvelo,
que de ſu hacienda vendiò
lo mas florido, y ſelecto,
ſolo para comprar libros;
y privandoſe del ſueño,
por eſtàr continuamente
embebecido leyendo
libros de Cavallerias,
vino à traerle ſu embeleſo
à la deſdicha de que
perdieſſe el entendimiento.
Preocupado, pues, de aquellas
ficciones, diò en el extremo
mayor, en que loco ha dado,
y fue armarſe Cavallero
Andante, è ir por el mundo
amparo dando, y remedio
à todo meneſteroſo,
y deshaciendo los tuertos,
que à qualeſquiera doncella
malandrines ayan hecho;
la Andante Cavalleria
reſucitando con eſto,
y bolviendo à darla el grande
brillante explendor excelſo
(que ſegun èl comprehende)
tuvo en los paſſados tiempos.
Para eſto limpiò unas Armas
que heredò de ſus Abuelos:
luego por ſeguir las reglas
Cavallereſcas, gran tiempo
eſtuvo penſando el nombre
que ſe pondria, ſupueſto
que el mudar el nombre era
preciſo, ſegun aquellos
ritos de Cavalleria;
y en fin, el ſuyo de Pedro
de Quixada, mudò en el
de Don Quixote, añadiendo
el ſobrenombre de Mancha,
pues le pareciò que en eſto
gran honor daba à ſu Patria,
porque vieran el aprecio
que de ella hacìa tan grande,
y famoſo Cavallero.
Deſpues paſsò à poner nombre
al Cavallo, y diſcurriendo
uno ſignificativo,
y myſterioſo, ſupueſto,
que èl queria que el tal nombre
declaraſſe (raro empeño!)
que havia ſido rocìn,
y yà dexaba de ſerlo,
le puſo el de Rocinante:
y hecho eſto, ſe fue luego
del Lugar, ſin dàr à nadie
noticia de ſus intentos.
Paſſados muy breves dias
le traxeron medio muerto
de una gran zurra de palos
que ciertos hombres le dieron.
Curòſe, y dexando à todos
deſcuidar por algun tiempo
bolviò à eſcaparſe otra vez,
llevando por Eſcudero
à Sancho Panza, vecino
ſuyo, del que yà ſabemos
tiene, aunque ruſtico, alguna
malicia, y algun ingenio.

Yo obligado, pues, del llanto,
la pena, y el sentimiento
del Ama, y Sobrina de
nuestro Hidalgo, y tambien viendo,
que en no hablandole en las cosas
Cavallerescas, discreto
sabe discurrir con grande,
claro, agudo entendimiento,
(y esto en qualquiera materia)
venir en su seguimiento
determinè, y reducirle
à su Casa: para esto
os pedì me acompañasseis:
Y pues hasta aora havemos
hallado noticia del
camino que lleva, es cierto
no hay razon de desistir
del intento que traemos.
Maes. Decìs bien, y nuevamente
acompañaros ofrezco.

Hablan à parte, y sale Sancho Panza.

Sancho. Esta es la maldita Venta,
en donde el manteamiento
me pegaron, no he de entrar
en ella, aunque estoy muriendo
de hambre, que yà parece
que por los ayres me veo
hecho una ola de mar,
yà baxando, y yà subiendo.
De acordarme solamente
me duelen todos los huessos;
mas mejor serà cantar
para divertir el miedo,
engañar el hambre, y
conseguir llegar mas presto.
Canta. Mi muger tiene chiste,
tiene donayre,
y sobre todo tiene
muy buenas partes.
Maes. No es aqueste Sancho Panza?
Cura. El mismo es, vive el Cielo!
Los 2. O amigazo Sancho Panza?
Sanch. Què miro? maldito encuentro
es este, que son el Cura, *à part.*
y el Barbero de mi Puebro:
quien diablos los traxo acà?
Padre Cura? Seor Maestro?
Adonde bueno?
Cura. A buscar
à tu Señor, dinos presto
donde queda.
Sanch. Fuerza es
negar aqui como un perro: *à p.*
ahì queda ocupado en una
diligencilla, que es cierto,
que si sale bien con ella
le ha de valer mas que un Reyno;
pero no puedo decir
la que es, porque el secreto
le ofrecì, y todos los Panzas
cumplìmos lo que ofrecemos.
Maes. Pues Sancho, si no nos dices
donde queda, creerèmos
que le has muerto por robarle,
y te harèmos poner preso.
Sancho. Pre què?
Mas. Preso.
Sanch. Dios mos libre;
pues què, siendo yo Manchego
creeis, que robar, ò matar
pueda à nadie? Ademas de esso
que soy Sancho, y mi apellido
es Panza, y en ningun tiempo
robò ningun Panza à nadie.
Cura. Pues dì donde queda.
Sancho. Esso
lo dirè solo porque
no creais que yo le he muerto.

Mi amo queda de esta Sierra,
que es la Morena, en lo espeso,
y mas oculto, en camisa,
imitando à Beltenebros
en la aspera penitencia;
y al Toboso con un pliego
me embia aora, para que
se le dè à Aldonza Lorenzo,
que es su Dama, y es la hija
del seor Lorenzo Corchuelo;
aunque mi amo dice, que
es Princesa de gran cuento,
y la llama Dulcinèa
del Toboso: y tambien llevo
una libranza de quatro
Pollinos, para que luego
su Sobrina me los dè;
porque en un fatàl encuentro
à mi Rucio me robaron:
y aqueste es todito el cuento.

Cura. Y donde la carta està?

Sancho. Aqui la llevo en el seno,
y tengo de hacer copiarla,
porque en un librillo viejo
de memoria la escriviò
mi amo.

Cura. Yo copiarla ofrezco,
y de buena letra, Sancho.

Sanc. Pues allà và; mas què es esto?
Buscala, y no la halla.
Vive Dios, que la he perdido:
maldito yo; por mi abuelo, *arañase.*
que me he de arrancar las barbas.

Maes. Sancho Panza, pues què es esso?

Sancho. Què ha de ser? pobre de mì,
que aqui en un instante pierdo,
de una mano à otra, quatro
Pollinos, què era el que menos
mas corpulento, y hermoso
Hace que llora.
que un grandissimo Camello.

Cura. Pues por què los has perdido?

Sancho. Maldito sea mi sesso:
porque el pliego se perdiò.

Cura. Y te acuerdas del contexto
de la carta?

Sanch. Si señor,
de aquesso muy bien me acuerdo.

Maes. Como decia?

Sancho. Escuchad,
que assi era el escomienzo:
muy sobajada señora.

Maes. Què es lo que hablas, majadero?
muy soberana señora
diria.

Sancho. Pues esso mesmo
digo.

Cura. Prosigue.

Sancho. Dempues
decia estotro, y aquello,
y te amo, y yà se vè,
porque sì, y ni mas, ni menos;
y à lo ultimo acababa,
dempues de mil cumprimientos,
con el Cavallero de
la Triste Figura.

Maes. Bueno;
estremada iba la carta.

Sancho. Yo, que assi decia creo:
Què aya yo perdido assi
por siempre quatro jumentos?
Voto à un canto.

Cura. No te aflijas,
que como à los dos al puesto
nos quieras llevar adonde
tu amo està, yo te ofrezco
hacer, que nueva libranza
te haga tu amo.

Sancho. Si esso
me ofreceis, yo desde aora

llevaros allà prometo.
Cura. Pues vamos, tu iràs delante,
y à tu amo diràs, que el pliego
entregaste à Dulcinèa.
Sancho. Dexe ustè à mi cuenta esso.
Cura. Aora es menester Maesse
disponer, que esse Ventero
un vestido de muger
nos preste, porque yà el medio
he discurrido de que
traer engañado logremos
à Don Quixote.
Maes. Pues vamos.
Sancho.Ay mis perdidos jumentos!

Sale Don Quixote en calzones blancos, y ropilla.

D.Quix.Alta, y fermosa señora,
de las hermosuras nata,
de las cuitas te enternece
de esta pecadora alma,
que en aqueste purgatorio
està penando sin causa.
Què es lo q̃ havrà hecho mi Sancho?
porque el diablo de la carta
à èl se le olvidò el pedirla,
y à mi olvidòseme darla.
Sale Sancho. Señor?
D.Quix. Sancho mio, dime,
quien te ha prestado las alas?
Sancho. Què alas?
D.Quix.Con las que has ido,
y buelto, que esta mañana
saliste de aqui, y yà buelves.
Sancho.Yo,señor, he ido en volandas,
y venido del Toboso,
sin saber quien me llevaba.
Quix.Esso no me causa espanto,
que el Encantador que trata
de mis cosas lo havrà hecho.
Mas dime, hijo mio, acaba:
viste à aquel prodigio hermoso,
dulce hechizo de la Mancha?
A aquella alta Princesa,
molde de vaciar Damas?
En fin, à mi Dulcinèa
del Toboso soberana?
Sanch. A Aldonza Lorenzo vì,
que assi en el Lugar la llaman.
Quix. Si hijo, con esse nombre
està ella disfrazada:
mas dime, estaba bordando
alguna empressa extremada
para este su Cavallero?
Al menos haciendo sartas
estarìa de oro fino.
Sanch.Ni uno,ni otro haciendo estaba.
Quix. Pues què hacia?
Sancho. Garvillar
trigo con muy linda gracia.
Quix. Era rubion, ò trechèl?
Sancho. Aora quieres me paràra
à mirar què trigo era?
Quix. Y què hizo de mi carta?
Sancho. La carta yo la perdì,
ò quedò acà, porque hallarla
no pude, mas como yo
en el magìn la llevaba
la notè, y un Sacristàn
me la escriviò de estremada
letra.
Quix. Y ella la leyò?
Sancho. Alli me mandò dexarla
encima de unos costales.
Quix. Què discreta, y què bizarra!
para leerla mas despacio
lo harìa; y dì, no exalaba
su boca un olor sabèo,
como à ambrosìa, ò à algalia?
Sancho. No lo sè, lo que yo olì,

fuè,

fuè, que à ajos apeſtaba.

Quix. Es que eſtarìas borracho
ſin duda alguna; y dì, quantas
preguntas te hizo de mì?

Sancho. No me preguntò palabra,
mas yo la dixe.

Quix. Dì, pues.

Hablan à parte, y ſalen el Cura, y el Maeſſe.

Maeſ. Aunque yà Sancho tardaba
tanto en traer la noticia
de donde ſu amo quedaba,
hacemos mal de apartarnos
una diſtancia tan larga
de adonde èl nos dexò.

Cura. Nunca aventuramos nada,
que pues venimos ſiguiendo
el camino de las ramas,
que èl quando ſe fuè dexò
por fixa ſeñal ſembradas,
ellas nos llevaràn donde
Don Quixote, y èl ſe hallan:
mas aqui eſtàn, eſcuchèmos
ocultos lo que ambos tratan,
y luego nos veſtirèmos
los disfraces.

Quix. Què con tanta
prieſa quiere Dulcinèa
que luego al Toboſo vaya?

Sancho. Sì.

Quex, Pues yo no quiero ir.

Sancho. Aſsi à ſu precepto faltas?

Hablan à parte, y ſale Cardenio en trage miſero.

Card. Altivos robuſtos troncos,
cuyas copas elevadas,
de luceros, y de eſtrellas
ſon tapetes de eſmeralda:
Sobervios rudos peñaſcos,
que con dureza irritada
duraciones apoſtais
à las Esferas ſagradas:
Bella bullicioſa fuente,
que por tardes, y mañanas
ſabes reir mi deſdicha,
ſabes llorar mi deſgracia;
pues tantas veces mi pecho
teſtigos de mis deſgracias
os hizo, una vez piedad
halle en voſotros, pues tantas
crueldades hallo en las gentes:
Y en fin, con piedad, ò ſaña,
ò concededme la muerte,
ò dad alivio à mis anſias.

Quix. Dì, Sancho, no oìſte ſuſpiros,
y quexas?

Sancho. Quien las formaba
alli eſtà ſuſpenſo.

Quix. Eſte,
ſi el diſcurſo no me engaña,
algun Cavallero es,
que aqui llorando ſe halla
yà ofenſas, ò yà deſdenes,
de alguna fermoſa ingrata;
mas aſsi eſpero ſaberlo.
Cavallero, à quien con tanta
crueldad trata la ſuerte,
como eſſe trage declara,
el oìros ſuſpirar
vueſtras penas, deſearìas
ſaber me ha hecho; y aſsi os pido,
que aqui de vueſtra deſgracia
me deis noticia, que os juro,
y doy la mano, y palabra
(como Cavallero Andante)
de remediar vueſtra anſia,
ſi remedio hay, y ſi no,
ayudaros à llorarla.

Card.

Card. Rara vision! Cavallero,
aunque sè por cosa clara,
que no hay à mi mal remedio,
por pagar la cortesana
atencion vuestra, os harè
sabidor de mis desgracias:
mas os pido no rompais,
por ningnn motivo, ò causa,
de mi narracion el hilo,
pues si lo haceis, aunque haga
mas esfuerzo, no podrè
proseguir.
Quix. Como una estatua
estarè, decid.
Cura. Oygamos.
Sancho. Este, y mi amo brabas galas
tienen para ir à unas vistas.
Card. No temais me dexe nada
por decir, pues mi mayor
pena es (desdicha infausta)
no poder de mi memoria
apartar à mi desgracia.
Cordova, Ciudad ilustre,
cuyas insignes grandezas
la Fama en ecos publica,
hecha plumas toda, y lenguas,
fue mi Patria, mas, mal digo,
fue centro de mis tragedias.
Vivìa junto à mi casa
una Dama tan perfecta,
que parece que al criarla
la sabia Naturaleza
de todas las hermosuras,
con estudio, y con cautela,
fue escogiendo perfecciones
para formar su belleza,
pues beldad mas soberana,
ni hermosura mas excelsa
ha visto el Sol, desde que
entre essas azules Selvas,
peregrino nunca errante,
golfos de Estrellas navega,
pielagos de luzes surca,
sendas de cristal penetra.
Bien quisiera yo pintarla,
pero es preciso que tema
emprender empeño, que
no salir con èl es fuerza,
aunque esta dificultad
mas à que lo haga me empeña,
pues quando tan impossibles
como esta son las empressas,
mucho mas que el conseguirlas
autoriza el emprenderlas.
Y assi, oìd, no digo elogios,
agravios de su belleza:
Su cabello, con el Sol
tuvo reñida contienda,
y como entre el fuego anduvo,
sus bellas sutiles hebras
salieron de aquella lid
ni bien rubias, ni bien negras.
Su frente, que es del Amor
campaña, circo, y palestra,
para formarla tuvieron
el clavèl, y la azucena
reñidas oposiciones,
mas triunfò en la lid sangrienta
la azucena; y assi solo
lo blanco en ella se hospeda.
Sus cejas, aunque son dos
bellos arcos, que hermosean
el Templo de Amor, tambien
son dos aljabas perfectas
de azabache, y son los ojos,
de aquestas aljabas, flechas.
Sus ojos son dos brillantes
fogosos lucientes etnas,
y dos Soles, que al del Cielo
ventajas grandes le llevan,

no tanto porque iluminan,
quanto por la rara nueva
estraña novedad de
que Soles negros se vean;
cuya color es en ellos
una mañosa cautela
para lograr encubrir
el incendio que en sì encierran,
pues es tan immenso, que
los parpados, la tragedia
rezelando de abrasarse,
tanto se abren, y despliegan,
que de que à romperse lleguen
dà temores à qualquiera;
al dexarse vèr, afectos
varios en el alma engendran,
dexan la nieve hecha fuego,
y el fuego hecho nieve dexan,
pues si incitan con lo hermoso,
tambien con lo grave templan.
En sus hermosas mexillas
la nieve, y coràl se encuentran,
y sin que à vencerse lleguen
continuamente guerrèan.
Su narìz es una corta
valla de cristàl perfecta,
que aparta el hermoso abismo
de sus perfecciones bellas
para que assi cada una
lucir en su sitio pueda.
En su peregrina, hermosa
pequeña boca, se encuentra
el rubì como vertido,
como sembradas las perlas.
Su garganta de cristal
es columna, que sustenta
el cielo de su hermosura;
y como es poca su fuerza,
por lo sutil, delicado,
fino, y primoroso de ella,
para poder mantenerle
sobre los ombros se assienta.
Sus pechos; mas donde voy?
pretende mi inadvertencia,
que Icaro desvanecido
halle con alas de cera,
si èl su ruina por subir,
por baxar yo mi tragedia?
Mas yà entrado en el empeño
el continuarle es fuerza,
que nobles atrevimientos
son disculpadas ofensas:
Y assi digo, que sus pechos
los labrò Venus excelsa,
como Madre de la Espuma,
de sus mas candidas hebras;
pero Diana embidiosa,
de azules sutiles venas
los fue matizando todos,
creyendo, que assi pudiera
afearlos, mas saliò
tan vana su diligencia,
que à pesar de sus rencores
enamorada ella mesma
quedò de ellos, al notar
tal portento de belleza.
Su; pero cesse mi voz
en aplausos de una fiera,
y el hilo de mi sucesso
a enlazar otra vez buelva.
Amèla favorecido,
y à poco tiempo (què pena!)
un Señor, a quien mi padre
debia grandes finezas,
me embiò à llamar, ausentème,
y de alli à poco à mi tierra
bolvì con un hijo suyo,
cuyo aleve nombre era
Don Fernando: dile incauto
de mi amor entera cuenta:
vio-

viòla, y amòla (ay de mi!)
y desde alli, con cautela,
todos los papeles que
nos escriviamos eran
vistos de èl: sucediò, pues,
que un dia hallò (pena fiera!)
uno, que ella me escrivia
lleno de amantes ternezas,
metido en un Libro de
Cavallerias, que era
de Amadis de Gaula, el qual
havia yo sacado fuera
para embiarsele à Lucinda,
porque era à aquesta leyenda
aficionada.

Quix. Si vos
huvierais dicho se hallaba
en Lucinda (que este el nombre
parece es de vuestra Dama)
perfeccion tan excelente
como es la de que gustaba,
y aplicaba con desvelo
su discrecion soberana
à Libros tan provechosos
para el cuerpo, y para el alma,
como son todos los de
Cavallerias, estaba
demàs toda aquella harenga
que hicisteis en su alabanza;
porque yo, solo con esto
la tuviera, y reputàra
por la Señora mas noble,
mas discreta, y mas gallarda
de quantas hay en el mundo,
(no entrando en aquesta danza
mi señora Dulcinèa)
y si alli entonces me hallàra
la huviera embiado yo,
con el de Amadis de Gaula,
el Libro del Cavallero
Febo, el de la ardiente Espada,
el de Arturs de Inglaterra,
y otros que tenia en casa:
mas proseguid vuestra historia,
perdonando à la palabra
faltasse de no atajaros,
que en mi conciencia, y mi alma,
que no puedo mas conmigo
en oyendo que se tratan
cosas de Cavallerias.

Havrà estado Cardenio suspenso mirando al suelo, y aora habla como loco.

Card. Es cosa evidente, y clara,
que la Reyna Madasima
infamemente se holgaba
con el Maestro Elisabet.

Quix. Què dices, lengua malvada?
Madasima era una Reyna
muy honesta, y muy honrada,
y el que diga lo contrario
miente èl, y toda su alma,
y su padre, y sus abuelos,
y toda su gran canalla.

Card. Como es esso de mentìs?
Vive Dios, que aqui à puñadas
Embiste con èl, y le dexa caer.
le he de enseñar à tratar
con hombres de aquestas barbas.

Sancho. Este hombre se ha buelto loco,
vive ños, que à mi amo mata:
hà loco, voto à Christo,
que te he de matar.

Card. Panarra,
tu tambien à mì te atreves?
Echale en el suelo, y le maltrata.
Pues de esta suerte tu infamia
pagaràs.

Sancho. Ay, que me muele!
San Cipriano me valga.

Card. Què hago? Valgame Dios!
O cruel fortuna ayrada!
para què el juicio me quitas,
si el juicio me dexas para
llorar mi infelicidad,
y conocer mi desgracia?
Cavalleros, perdonad
la accion tan descompassada
que he executado en vosotros,
pues en mi juicio no estaba.

Sancho. Pues yo si he estado en el mio
para sentir sus puñadas:
no son malas cortesìas,
despues de dexar quebradas
à uno dos, ò tres costillas.

Quix. Yo yà sabìa, que estaba
loco, porque era preciso
que quien insolencias tantas
contra el honor de la Reyna
Madasima pronunciaba,
lo estuviesse: venid, Sancho. *Vase.*

Card. No entiendo lo que me habla.

Sancho. Señor loco, ò cortesìas
no hacer, ò no dàr puñadas. *Vase.*

Card. Apartando mi discurso
un poco de mis desgracias,
(si es que conseguirlo puedo)
no sè què concepto haga
de estos hombres, infinito
saber quien son celebràra.

Salen el Cura, y Maesse.

Maes. Pues aqui teneis quien de ellos
os darà noticia larga;
mas hemos de mereceros
el que antes vuestra rara
historia finalicèis,
pues quanto à ellos les contaba
vuestra lengua, alli escondidos
oìmos.

Card. Mas no dilata
el serviros mi obediencia,
oìd.

Los dos. Decid: desdicha rara! *à p.*

Card. Hallò el papel Don Fernando
(creo quedè aqui) el qual era
à fin de que yo à su padre
por esposa la pidiera;
y temiendo Don Fernando
que yo luego lo pusiera
por obra, me embiò al punto
à que à su padre le diera
cierto aviso: fuìme, pues,
y èl en tanto (traycion fiera!)
à su padre la pidiò,
que viendo quanto interessa
se la concediò; bolvì,
y hallè en la Ciudad las nuevas
de esta boda, fuì à su casa,
y encontrèla toda embuelta
en gustos, vì à mi Lucinda,
dixome, que no temiera
que ella por ningun motivo
hiciesse à mi amor ofensa,
pues darìa à la acerada
brillante punta sangrienta
de un puñal su hermoso pecho,
antes que su esposa fuera.
De esta esperanza movido
me escondì en la sala mesma
en donde los desposorios
(dexame, memoria, dexa
de atormentarme) se havian
de hacer, esperando en ella
la ocasion que yo aguardaba
feliz, y hallè tan adversa;
porque Lucinda, faltando
à su amor, y à su promessa,
el sì de esposa le diò,
mas no huvo acabado apenas
(quien antes huviera muerto!)

de

de pronunciar la sentencia
de mi triste muerte, quando
cayò desmayada en tierra.
Saîime de alli confuso,
y tomando con presteza
un Cavallo, que ligero
en la rapida carrera
maltratar sabìa al ayre
sin llegar à herir la tierra,
salì huyendo, hasta llegar
à lo oculto de esta Sierra,
donde hà yà un año que vivo,
siendo sus troncos, y peñas
testigos de mis suspiros,
y de mis lagrimas tiernas,
esperando à que la muerte
ponga fin à tantas penas,
ansias, desdichas, rigores,
y tormentos que me cercan,
dexando eterna noticia
à las eras venideras
de que huvo Dama, y Galàn,
que en contrarios rumbos, ella
fue exemplo de veleidades,
quando èl lo fue de firmezas.

Cura. Raro caso!

Maes. Prodigioso!

Dent. Dorotea. Ay infeliz de aquella
que nace à ser exemplo
de desdichas, y penas!

Cura. Triste acento!

Card. Lastimoso!

Maes. Busquèmos à quien le causa.

Card. No es menester, que yà aqui

Sale Dorotea de Pastor, sin hacer reparo en ellos, y traerà un lìo tomo de ropa.

llega, mas si no me engaña
la vista, no es Dorotea,
por mas que el trage disfraza
su sèr? Mas assi sabrèlo:
Dorotea?

Dorot. Quien me llama?
Mas què he hecho? Descubriòme
mi inadvertencia.

Card. No tanta
pesadumbre te dè el vèr
que en estos desiertos aya
quien te conozca, pues es
quien logra fortuna tanta
el centro de las desdichas;
y assi es preciso, que en nada
puedan causarle las tuyas
admiracion.

Dorot. Pues es vana
diligencia el intentar
encubrirme, pues mi incauta
voz yà me ha descubierto,
quien eres saber aguarda
mi curiosidad, que estando
en rostro tan demudada,
y en trage, me has conocido?

Card. Soy de la fortuna infausta
el blanco: Cardenio soy.

Dorot. Aunque yo noticia larga
tengo de quien eres, nunca
creo te vì.

Card. Pues yo hartas
veces à ti, allà en tu Aldèa;
y pues por tan desusadas
sendas el hado nos junta,
quisiera saber la causa
que te obliga à que este sitio
habites tan disfrazada.

Dorot. Escucha, y escuchad todos
mi tragedia, si à contarla
acierto: Yà sabes, que
me criò el Cielo vassalla
de D. Fernando, y que aunque

havia tanta distancia
de èl à mì, nacì de padres
honrados, y sangre clara.
Tambien sabràs (ay de mì!)
que con amorosas ansias
solicitò mi hermosura,
que no dudo alguna aya
en mì, pues me lo acreditan
penas tan continuadas.
Resistime à su pasion
como honesta, y como honrada,
y èl grangeando (hà traydor!)
una alevosa Criada
una noche consiguiò
quedarse oculto en mi casa.
Apenas, pues, la Familia
recogida, y sossegada
quedò, y en mi lecho yo
à discursos entregada,
quando en mi quarto le vì:
quise dàr voces, y tantas
sus ansias, y juramentos
fueron, dandome palabra
de ser mi esposo, la qual
en presencia de mi falsa
Criada bolviò à ofrecerme,
que yo creyendo sus falsas
ofertas, le entreguè (ay Cielos!)
la mejor prenda del alma.
Yà con licencias de esposo
todas las noches me hablaba;
no fueron muchas, pues luego
hizo ausencia, y que tardaba
viendo, procurè curiosa
llegar à inquirir la causa.
En fin, à saber lleguè
como en Cordova trataba
su casamiento, y tomando
el dinero, y las alhajas
que pude, con un Criado
mio, me huì de mi casa.
Lleguè à Cordova, y hallè
en ella la nueva infausta
de su boda, y fue, que luego
que Lucinda desposada
se mirò con èl, cayò
en el suelo desmayada.
Llegò D. Fernando (hà aleve!)
à afloxarla la casaca,
y en el pecho la encontrò
un papel, en que expressaba
ser esposa de Cardenio,
que à D. Fernando le daba
violentada la mano,
y que aquesta era la causa
de darse muerte, que ella
parece hacerlo pensaba
asi, lo que acreditò
haverla hallado una daga
oculta, con la que quiso
su aleve esposo matarla;
y no pudiendo lograrlo
se ausentò, sin que se aya
sabido su paradero,
y Lucinda de su casa
faltò à otro dia tambien.
Con estas nuevas me hallaba,
quando en la Ciudad oì
echar un Vando, en que daba
mi padre crecido hallazgo
à aquel que à mì me encontràra,
mis señas dando, y las de
aquel que me acompañaba.
Salime huyendo, y un dia
mirando desamparada
mi persona, el vil Criado
con violencia (aleve infamia!)
intentò de mì triunfar;
mas desde una roca alta
logrè despeñarle, dando

castigo à accion tan malvada.
Al cabo de algunos dias
lleguè à una Aldèa cercana
de esta Sierra, donde entrè
à ser Zagàl de unas Cabras;
pero mi amo, sospechando
que era muger (pena rara!)
empezò à solicitarme,
y ayer fue con tanta instancia,
que lleguè à vèr que mi honor
yà à peligrar empezaba:
descuidar le dexè, y luego
tomando essa leve carga,
donde un vestido decente
de muger, y otras alhajas
(de las que quitè à mi padre)
traygo, me vine à estas pardas
enmarañadas, agrestes,
montuosas, intrincadas
asperezas, donde al Cielo
pido se apiade de tantas
desdichas, penas, rigores,
sustos, pesares, y ansias
como à mi vida combaten,
y a mi corazon contrastan.
Card. No assi, hermosa Dorotea,
intentes dar la esperanza
de tu alivio por perdida,
pues yà el Cielo con mas grata
faz nuestras desdichas mira,
que pues Lucinda se halla
sin casar, y D. Fernando
de la propia forma, causa
tenemos para esperar
mejor fortuna; y palabra
te doy, como Cavallero,
que si razones no bastan
para que tu honor perdido
D. Fernando satisfaga,
que mis zelos olvidando,
por dàr alivio à tus ansias,
en publico desafio
te dè sangrienta venganza.
Dorot. A tus pies...
Card. Alza del suelo.
Cur. Pues yà que à vuestras desgracias
piadoso el Cielo se muestra,
y que con prudencia sabia
resolveis poner los medios
de llegar à vèr logradas
vuestras dichas, à mi Aldèa
(si acaso no os desagrada)
pido os vengais, desde donde
se haràn diligencias varias
de saber de D. Fernando,
y de Lucinda; y de quantas
cosas os falten podrèis
preveniros.
Card. Vuestra urbana
generosidad, los dos
(con la vida, y con el alma)
apreciamos, y admitimos;
y aora quisiera la causa
saber, que à esta Sierra os traxo?
Maes. Yo os lo dirè: Aqui se halla
un honrado Hidalgo de
nuestra Aldèa, que en la rara
locura ha dado de ser
(manìa harto extraordinaria)
Cavallero Andante, y
en medio de esta Montaña
està haciendo penitencia
para obligar à su Dama;
siendo assi, que no la tiene,
pues toda es imaginaria
ficcion, y los dos venimos
à reducirle à su casa
con un engaño, que es,
fingirnos uno una Infanta
que viene de luengas tierras

à que su valor la valga
en un grande agravio que
en su Pais le han hecho, y...
Dorot. Basta,
que pues aqui de muger
me hallo con una gala,
yo he de ser la que se finja
aquessa Infanta, que el habla
Cavalleresca la se
muy bien, porque fuì inclinada
siempre à leer essos Libros.
Cura. Todo la suerte lo traza
à medida del deseo.
Car. Pues luego se ponga en planta
la ficcion, y asi, à vestirse,
Dorotea.
Cura, y Maes. El Cielo haga
que nuestra intencion se logre.
Dorot. No dudèis verla lograda.

Vanse, y salen el Ventero, y Maritornes huyendo de èl, que querrà castigarla.

Vent. Con dos costillas, infame,
has de pagar el descuido, *pegala.*
viven los Cielos.
Marit. Ay! ay!
Dentro. Para, pàra.
Vent. Mas què he oìdo?
Huespedes hay? Vaya en paz,
que yà mi ira mitigo:
saca luz.
Marit. Malas quartanas
te dèn, y mal tabardillo.

Salen D. Juan de Viedma, Doña Clara, y detràs D. Luis de corto, y saca luz Maritornes.

Vent. Guarde Dios la gente honrada.
D. J. Guardeos Dios: Clara, hija, alivio
de mi vejèz, muy cansada
estaràs del mal camino
que hemos traìdo todo oy.
Clara. Viniendo, Señor, contigo,
nada à mi me puede ser
cansancio. Ay D. Luis querido! *ap.*
en què ha de parar tu amor,
y mi pena?
Luis. Ay, dulce hechizo!
què mal el alma apartarse
sabe de tus peregrinos
ojos! pues aùn conociendo
el evidente peligro
de que tu padre me llegue
à conocer, no me animo
à estàr un punto sin verte.
Marit. Por cierto, que el tal mocillo
que esta allì en el corazon
me està dando mil pellizcos.
Vent. Por Dios, que el Loco de marras
viene aqui con quatro, ò cinco;
con tanta gente en mi Venta
yo de esta vez salgo rico.

Salen D. Quixote armado con un gran Lanzon, Dorotèa de muger muy bizarra, Cardenio, el Cura, el Maesse, y Sancho Panza.

Quix. En fin, fermosa Señora,
que vos sois (raro prodigio!)
la Infanta Micomicona,
y que vuestro Reyno invicto
os tiene tyranizado
un descomunàl impìo
Gigante, y que vuestro padre
dexò (gran dicha!) previsto
que solo mi fuerte brazo
podrìa restituiros
el Reyno, dando la muerte
al Gigante?

Dor. Es assimismo
como vos decìs, señor.
Quix. Con que à vos, compadre mio,
y al Maesse Nicolàs,
unos viles foragidos
os robaron?
Los dos. Es assi.
Quix. Pues no teneis que afligiros:
y vos, Señora, contad
yà por hecho, y sucedido
lo de dàr muerte al Gigante,
y lo demàs que he ofrecido;
pero perdonad, Señora, *à Clara.*
que estaba tan divertido,
que no os vì, ni à vos tampoco.
D.J. y Clar. Yo la atencion os estimo.
Rara figura de hombre! *à p.*
Luis. Este hombre es loco en mi juicio,
y los que vienen con èl. *à p.*
Quix. Aora, si me dais permisso,
me irè un poco à descansar,
que por Dios, que estoy molido.
Dor. En buen hora id.
Quix. Pues agur. *Vase.*
Vent. Voy, pues, tràs este maldito
loco, no haga las que suele.
Vèn, Maritornes, conmigo. *Vas.*
Marit. Yà voy: ay, chusco mozuelo,
que dexo en tus dos ojillos
toda el alma. *Vase.*
D.Juan. Cavalleros,
perdonadme, que à pediros
llegue me digais quien es
este hombre, y què designio
el vuestro? porque el fingirse
esta Dama Infanta, indicio
es de que hay algun mysterio.
Card. Es assi, y puesto que oirlo
querèis, escuchadnos, pues.
D.Juan. Oye Clara.
Clar. Ay, Dueño mio!
Luis. Ay, Doña Clara Divina!

Hablan todos à parte, menos D. Luis, y Sancho, que ocuparàn las dos puntas del tablado, y salen D. Fernando, y Lucinda con mascarilla, y dos Criados, quedando Cardenio, y Dorotèa de espaldas à ellos.

D.Fern. Por mas, pues, que tu desvìo
prosiga en ser riguroso
sabrè yo hacerlo benigno.
Luc. Primero sabrà la muerte
triumphar de mi pecho altivo
que lo logres: ay Cardenio!
Card. Què escucho? la voz que he oìdo
Buelve la cara, y Dorotèa.
no es de Lucinda? si acaso
la memoria del oìdo
con el juicio no perdì?
Dor. Què es lo que:: pero què miro?
Ponese detràs de todos.
No es D. Fernando? Encubrirme
intento.
Luc. Y pues determino
no sufrir mas vuestro engaño,
la mascara al rostro quito. *Quitasela.*

Vase Cardenio à ella, y la abraza; echa D. Fernando mano à la Espada; y Dorotèa le detiene, puesta de rodillas.

Card. Què veo? Lucinda amada,
bello imàn de mis sentidos,
Cardenio tu esposo soy.
Luc. Del gozo sin vida animo.
Cardenio, esposo, señor.
Fern. Vive el Cielo, fementido,
que te he de quitar la vida.
Dor. Detèn el acero limpio,

D. Fernando, y dexa que
gocen su amor, pues benigno
el Cielo, los ha juntado
despues de tantos impios
trabajos, y tantos tiempos.
Y pues yo consigo el mismo
consuelo viendote, cumple
qual Cavallero, entendido,
y Christiano, la palabra
que, haciendo al Cielo testigo,
me diste de ser mi esposo,
en cuya fee de mi limpio
honor triumphaste; y si no
tiñe en mi pecho los filos
de tu acero, porque yo,
yà que à tus plantas me miro,
de ellas no me he de apartar,
adorado dueño mio,
hasta lograr ser tu esposa,
ò vèr mi aliento perdido.

Fern. Valgame el Cielo, què veo?
este del Cielo es aviso,
pues no cabe en los acasos
sucessos tan peregrinos; *à p.*
y assi, al Cielo respondamos,
venciendome yo à mi mismo.
Dorotea, alza à mis brazos,
que de tu aliento movido,
y à tu razon obligado,
con tanto extremo me miro,
que no tu esposo, tu esclavo
desde aora soy, dueño mio:
(huye yà de mi esperanza)
y tu, Cardenio, el divino
cielo hermoso de Lucinda
en dulce nudo tranquilo
goza feliz, sin sospecha
alguna, porque te afirmo,
y te juro, por quien soy,
que nunca la he merecido
mas que en desdenes sañudos
mil rigores peregrinos;
y perdona, que el amor,
que antes la tuve aya sido
causa de que desleal
contigo aya procedido.

Dor. Feliz mil veces mi amor.

Card. Mis brazos sean testigos
de que yà todas mis quexas
estàn dadas al olvido:
y tu, esposa, dà los tuyos
à quien le costò hasta el juicio
creerte agena; y sepa què
acaso te ha conducido
aqui?

Luc. Oye, y lo sabràs:
Despues (ay dueño querido!)
que por no mirarme esposa
de quien no eras tù, el abrigo
dexè de mi padre, y casa,
en un Lugar, que distrito
corto de Cordova està,
tomè en un Convento asilo:
mas un dia Don Fernando
disfrazado, y dos amigos
dentro de èl entrar lograron
con maña, ò con artificio;
y encontrandome en un Claustro
de aquel Sagrado Recinto,
asieronme, y me sacaron
fuera de èl, siendo mis gritos,
y quexas todas en valde,
pues el Convento infinito
apartado del Lugar
estaba; en fin (el designio
ignoro) en una Caleta
me traìan, no imagino
donde serìa, pues solo
(ò con què gusto lo digo!)
sè que aqui he logrado hallarte,

y ha passado lo que has visto.
Car. Què felicidad!
D.Juan. Señores,
de mi hija, y de mi, rendidos
parabienes recibid.
Fer.y Card. Favores tan excessivos
apreciamos con el alma.
Clara. Que me tengais os suplico
por amiga, y servidora
vuestra.
Dor. El que serlo afirmo,
eternamente asseguren
mis brazos. *Abrazanse.*
Luc. Lo propio os digo.
Luis. Todos à su mal consuelo
hallan, yo solo martyrios.
Sam. Con que aquello de la Infanta,
y el Reyno, y el Gigantico
lo llevaron los demonios?
A mi amo he de decirlo,
que es una infamia que intenten
engañar.
Quix. Afuera digo.

Sale D. Quixote à medio vestir con rodela y espada desnuda, y el Ventero.

Con un ciento de Gigantes
no tengo, juro a Christo,
para empezar.
Dor. Pues què es esto,
señor, y valedor mio?
Quix. Què ha de ser? me echè à dormir,
y el diablo del Gigantillo,
por arte de encantamento
se me plantò de dos brincos
delante, alcème, empuñè
mi escudo, y la de los cincos;
embistiòme, y embestile;
pero yo, que tengo un tino
del demonio, en la tetilla
tal estocada le tirò,
que dì con èl en el suelo:
y el quarto està, que un cruxido,
dà de la sangre que ha echado,
por el roto pergamino.
Vent. Què Gigante, ni què haca?
que à quien heriste, maldito
loco, ha sido à dos pellejos,
y aquessa sangre es el vino
que en ellos havia: ay,
que me dexa destruìdo!
D.Fern. Callad, y no dèis mas voces,
que yo os pagarè el perjuicio.
Vent. De essa forma cierro el labio.
Cura. Yo, señores, os suplico,
que os entrèis à descansar,
pues cansados del camino
vendrèis sin duda, y yà es tarde.
D.Juan. Decìs bien.
Fern. Dale un vestido *Al Criado.*
de los mios à Cardenio
al instante.
Card. Yo os lo estimo.
Quix. Dormid, fermosas Princesas,
sin temor, porque mi brio
queda esta noche de vela
guardando aqueste Castillo,
y à cien passos de sus muros
no se acercarà un mosquito.
Dor. Vamos, esposo.
Fern. Memoria, entregate yà al olvido.
Vanse D.Juan, D.Fernando, y Dorotèa
Card. Feliz mil veces las penas
que logran estos alivios.
Luc. Dichosas mis desventuras,
pues tal fin han conseguido. *Van.*
Sancho. Hà, señor!
Quix. Dexame, hombre,
que estoy hecho un basilisco;
bien podrà ser que no sea

el Gigante, pues es fixo
que este Castillo es encanto:
lo blanco se buelve tinto. *Vase.*
Maes. Vamos, Padre Cura.
Cura. Vamos. *Vanse.*
Sancho. Que à mi amo no aya podido
decirle lo que aqui vì,
y que todo es embolismo?
mas yo buscarè ocasion. *Vase.*
Clar. Don Luis?
Luis. Adorado hechizo.
Clar. En què ha de parar (ay Cielos!)
de nuestro hado lo impio?
Luis. En que; pero àcia esta parte
que gente se acerca, miro.
Clar. Pues no nos vean, à Dios.
Luis. A Dios.
Clar. Ay, dueño querido!
Luis. Duelete, amor, de mis ansias.
Clar. Duelete de mis suspiros.
Vanse cada uno por distinta parte.

SEGUNDA JORNADA.

Salen Doña Clara, y Dorotèa, que trae una luz, y pondrà sobre un bufete.
Dor. Ya, Doña Clara, que en mas
de tres horas, que à dormir
nos echamos, no has podido
sossegar, y que en tì vì,
entre mil lagrimas tiernas,
mas suspiros despedir,
y que mi amistad pretendes
complacer, haciendo aqui
à mi pecho sabidor
de tus penas, y à este fin
à aquesta estancia me traes,
porque las que estàn allì
(quando juzgan que descansan,
de la muerte el triste fin
ensayando) nada entiendan;
acaba, empieza à decir
de tu tristeza la causa,
la ocasion de tu sentir:
desde tu pecho à mi oìdo
tu pena arroja.
Clar. Ay de mi!
Canta dentro D. Luis.
Luis. Espero sin esperanza
mi esperanza conseguir,
que mayores impossibles
saben lograr firmezas,
y el amor conseguir;
mas ay de mi!
que amor no lo hace empeño,
y mi desgracia sì.
Clar. Haveis (ay de mi!) escuchado
essa voz?
Dor. Muy bien la oì,
pues lo suave, y dulce de ella,
de su estilo lo gentil,
à que la atencion la escuche
fuerza es, si se dexa oìr,
persuada sin violentar,
violente sin persuadir.
Clar. Pues el dueño de essa voz
la causa (ay de mi infelìz!)
es de mi pena.
Dor. De què forma?
Clar. Escuchadme.
Dor. Decid.
Clar. Mas perdonadme, si acaso
no lo acertare à decir,
que aunque sè sentir tan bien,
no sè tan bien discurrir.
De essa voz, que à Ruiseñores,
y Gilgueros, causa mil
zelosas embidias, es
el dueño (ay de mi!) Don Luis
de Mendoza, un Cavallero,

en quien se vè competir
con lo rico, y con lo noble,
lo discreto, y lo gentil.
Su edad de diez y seis años
es, llegandose à advertir
en èl quantas apreciables
prendas pueden concurrir
en un Cavallero, pues
lo modesto, afable, y
brioso, y galàn, consigue
adornar, con otras mil
habilidades, qual son
la de cantar, escrivir
discretos versos, danzar,
y otras muchas, que entre si
igualmente se compiten,
è iguales logran lucir.
Vivia, pues, en la Corte
frente de mi Casa, fuì
vista de èl, enamoròse
(èl sabrà por què) de mì,
solicitò mis favores,
yo à su amor correspondì;
llegò mi padre à lograr
que el Rey le honrasse (ay de mì)
con plaza de Oidor en la
Ciudad de Mexico, aquì
todas mis penas empiezan,
pues siendo fuerza partir
yo con mi padre à las Indias,
fue precisò, que à sentir
llegasse el dexar mi dueño,
el qual fino amante, assi
que el dia de mi viage
llegò, sin vèr, ni advertir
inconvenientes, ni riesgos,
su casa, y padres por mì
dexò, y siguiendome viene,
procurando siempre huir
de que mi padre le vea;
ved, Dorotèa, vèd si
tengo causa de llorar,
y de sentir que Don Luis
venga por mì disfrazado,
mil trabajos à sufrir,
sin saber, què paradero
vendrà à tener, ni què fin,
mi desdicha, y su passion,
mi amor, y su frenesì.

Dor. Aunque es cierto, Doña Clara,
que hay bastante causa en tì
para llegar à estàr triste,
no lo estès, no, pues oy vì
dos mayores impossibles
facilitados; y assi,
buelve el temor esperanza,
y dexame el caso à mì,
que yo espero, que mañana
has de mirarte felìz;
y aora à descansar vamos
lo poco que desde aqui
hasta el dia queda.

Clar. Vamos:
duelase el amor de mì.

Vanse, y aparecese D. Quixote à cavallo, armado, con lanza en la mano, y à su tiempo saldrà Maritornes à una ventana.

Quix. Ay, fermosa Dulcinèa
del Toboso! Dueño amado,
què estarà tu fermosura
haciendo aora? Yo he pensado,
que de tu Palacio regio
en algun balcòn dorado
memoria estaràs haciendo
de este tu asendereado
Cavallero; ò quanto siento
(dolor, aprieta, hasta tanto
que por la boca me hagas
vomitar todo el redaño).

no poder ir à mirar
tu hermoso Cielo, hasta tanto
que à este diablo de Princesa
en el solio dexe, y mando
de su usurpado dominio.
Lo que me hace dàr al diablo,
es, el que el tal Gigantillo,
despues de haverle yo dado
tantas estocadas, luego
se me huvièsse transformado
en dos pellejos de vino.
Castillo mas encantado
no le hay, juro à Dios, en todo
el mundo, de arriba abaxo.

Marit. Aora que recogidos
todos se hallan, un chasco
quiero pegarle à este loco,
yà que à guardar se ha quedado
la Venta (à quien èl Castillo
llama) armado, y à cavallo?
quiero llamarle, cè, cè.

Quix. Juro à Christo, que llamaron;
esta, sin duda, serà
la hija del Castellano
de esta Fortaleza, que
de mi talle, y de mi garvo
enamorada, querrà
la corresponda; y en vano
serà, pues à mi señora
Dulcinèa, es escusado
que yo haga ofensa, aunque vea
mi cabeza sobre un tajo;
pero el hablarla es preciso:
Dios ponga tiento en sus labios.
Fermosa Dama, decid,
(circunloquios escusando)
què es lo que me quereis?

Marit. Què
puedo querer, si à miraros
lleguè, y de vuestro valor
los aplausos he escuchado?
No es fuerza (ay de mi!) que de ellos
en vos me aya enamorado?

Quix. Miren, si lo dixe yo;
Fermosa doncella, passo,
que de essas cosas se ofende
de mis oìdos lo casto.
Yo siento, que vuestras mientes
ayais puesto, donde es claro
no podeis hallar consuelo,
pues fee inviolable guardo
à la fin par Dulcinèa,
dulce Manchego milagro:
Mas mandad en otra cosa,
que por servida dexaros
sabrè hacer mas muertes que
un Dotor, y un Boticario.

Marit. Yo os lo estimo; pero solo
os pido, que vuestra mano
me alarguèis para besarla.

Quix. Para besarla, yo es llano
que no os la doy; pero si
para que en ella admirando
estèis sus musculos, sus
nervios, y venas, notando
el immenso valor que
tendrà de tal mano el brazo;
pero còmo he de alcanzar,
que el tal balcòn està alto,
señora mia?

Marit. De pies
poneos sobre el Cavallo.

Quix. Y si el demonio le dà
gana de hacerse àzia un lado
no caerè, y quando menos
me romperè el espinazo?
Pero no obstante, allà voy.

Ponese de pies sobre el Cavallo, alarga la mano, y atasela Maritornes con una cuerda.

Marit.

Marit. Yà mi intento se ha logrado:
aora con este cordèl
atarle quiero la mano,
y la otra punta asirè
al cerrojo, y hasta tanto
que ayan despertado todos
le he de tener assi atado. *Vase*.

Quix. Fermosa doncella, ved,
que mas que dedos, son rallos
los vuestros; pero què veo?
por Dios, que el brazo amarrado
me han dexado, y no parece
nadie en la ventana, andallo,
del Encantador de aqueste
Castillo, sin duda ahijado
es el Gigante, y porque
yo no consiga matarlo,
de aquesta manera quiere
aqui tenerme encantado.
O quien lograra tener
aora el pasmoso milagro
de la Espada de Amadis,
contra quien no havia encanto!
Sò, Cavallo del demonio,
ay, que se me arranca el brazo!

Apartase el Cavallo, y queda colgado del brazo; y salen por el lado opuesto dos hombres.

1. Pues esta es la Venta, entrèmos,
tomarèmos un bocado;
y verèmos de camino
si noticia alguna hallamos
de Don Luis.

Quix. Hà, Cavalleros,
esperaos apartados
à que el Castillo se abra,
que aunque yà, sombras borrando,
viene el Alva con sus luces,
parece que no es usado
abrir aqueste Castillo
hasta que del Sol los rayos
toda la tierra iluminan.

1. Què demonios de espantajo
es aquel hombre? y èl loco
es, pues Castillo ha llamado
à la Venta.

2. Lo que quiera sea,
y vamos despachando.

Llama. Ha de la Venta?

Dentro el Ventero. Quièn llama?

2. Abrid presto.

Quix. Otrio, Hidalgos,
no he dicho que os apartèis?
pues si esperais otro rato,
y estoy libre, el chocolate
vais à tomar con los diablos.

2. Vaya, haced que abran,
si sois el Ventero.

Quix. Pues borracho,
este talle es de Ventero?

1. El es bien desventurado.

Sale à la ventana Maritornes, desatale, y cae.

Marit. Yà mi amo se levantò,
y assi, quiero desatarlo
antes que lo vea.

Quix. Ay!
Santa Dulcinèa en tanto
dolor me valga.

Sale el Ventero. Què es esto?

Quix. Lo que es yà està passado,
aunque à mis costillas queda
memoria para un buen rato. *Vase*.

1. Què hombre es este?

Vent. Un loco, que
siempre me està alborotando
la Venta.

2. Sabrèis decirnos
si à acaso à ella ha llegado
un mocito de edad de

unos diez y siete años,
en trage corto vestido?
Vent. Hay, señor, en ella tantos,
que no sabrè dar razon.
2. Pues con cuidado veamos
si alguno de los que en ella
se hallan, es.
1. Vamos.
2. Vamos.
Entranse, y salen por distintos lados Doña Clara, y D. Luis, sin verse.
Clar. Quando, amor, llegarà el tiempo
de apiadarte de mis ansias?
Luis. Quando, fortuna, en lo adverso
aprenderàs la mudanza?
Clar. Haciendo, que no à la dicha
ronde siempre la desgracia.
Luis. A mis amantes anhelos
dando; pero, Doña Clara?
Clar. Don Luis?
Luis. Adorado dueño
de mi vida, aliento, y alma,
yà la causa de mi pena,
creo que à saber alcanzas.
Clar. Tambien tu juzgo no ignoras
el dolor que me maltrata.
Luis. Mas por si halla algun alivio
al verse comunicada,
escuchame, pues.
Clar. Tambien
yo, por vèr si es que descansa
el pecho al decir sus penas,
intento al ayre fiarlas.
Recitado.
Clar. Yo te adoro (ay de mi!) con fee inmutable.
Luis. Yo te amo con amor incontrastable.
Cl. Mas el vèdado Dios, sañudo, y fiero.
Lui. Mas el hado iracúdo, cruel, severo.
Cl. Contra mi dicha su poder obstenta.
Luis. A mis venturas oponerse intenta.
Clar. Pero yo sabrè firme.
Luis. Yo constante.
Los 2. Ser à pesar del hado fiel amante.
Area.
Luis. Yo, idolo amado
fallezco de amor.
Clar. Yo lloro rigores
del vendado Dios.
Luis. Pues mi suerte ayrada.
Clar. Pues mi estrella atròz.
Luis. Mis dichas impide.
Clar. Frustra mi intencion.
Los 2. Què cruel pesar!
Què fiero rigor!
Clar. Pero yo, à pesar.
Luis. A despecho yo.
Clar. Del hado sabrè.
Luis. Sabrè del amor.
Los 2. Ser eterna llama
de mi amante ardor. *Vase Clara.*
Luis. Fuesse, y faltòme la luz
que à mi vida aliento daba.
Mas el sueño, de sentidos,
y potencias cruel pyrata,
con suavidades crueles
yà poderoso me assalta,
è insensiblemente el uso
de las acciones me embarga.
O enemigo el mas traydor,
pues con lo que alhagas, matas!
Haga en esta silla (hà, Cielos!)
parentesis, si no pausa,
la desgracia, de mi pena,
la pena, de mi desgracia.
Quedase dormido en una silla, y salen los dos hombres.
1. Veamos si el mozo que
nos dixeron, que se hallaba

àzia

ázia esta parte, es, mas tente,
el que en la silla se halla
durmiendo, no es èl?
2. Ninguna duda tengo.
1. Dicha rara
ha sido, por Dios, la nuestra:
hà señor Don Luis?
*Despierta D.Luis.*Quien llama?
1. Quien, criado de vuestro padre,
y de vos, llevaros trata
à su vista, sino es que
antes que lleguèis, la parca
corta de su vida el hilo,
pues vuestra impensada falta
tanto ha llegado à sentir,
que postrado en una cama
quedò.
*Luis.*Pues podeis bolveros,
y decirle pierda quanta
pena por mi ausencia tenga,
pues luego al punto que salga
de cierto empeño en que estoy,
le doy de ir la palabra
à su vista.
1. La orden que
traemos, es, de à vuestra casa
llevaros, con violencia,
si acaso el ruego no basta;
y assi, intentar escusaros
serà diligencia vana.
*Luis.*Mas vana serà la vuestra,
si acaso la temeraria
empressa proseguir locos
quereis, pues esta acerada
Saca un puñal.
brillante diafana sierpe
(que yà en mi mano es guadaña)
en vuestros aleves pechos
abrir sabrà bocas tantas,
que notando tantas puertas
no sepa, dudosa, el alma
por qual intente salir,
hasta que al fin sufocada
en su misma duda, muera,
sin que por ninguna salga.
*Los 2.*Ved...
*Luis.*Nada tengo que vèr.
*Los 2.*Advertid...
*Luis.*No advierto nada.
*Los 2.*Mirad...
Luis. Nada miro yà.
1. Pues yà que à nuestras espadas
no es permitido ofenderos,
mi obligacion aqui haga
lo que de su parte està.
Hà de la Venta?
Salen Lucinda, Dorotèa, Clara, D.Quixote, D.Fernando, D.Juan, y Cardenio de gala.
*Todos.*Quien llama?
Clar. Què veo? Ay de mì infelize!
*Card.*Quien este alboroto causa?
1. Yo os lo dirè brevemente:
El que presente se halla
es mi amo el señor D.Luis
de Mendoza, de su casa
fugitivo se ha venido,
cuyo padre, con su falta
queda sintiendo mil muertes;
nosotros con vigilancia
en su alcance hemos venido,
logramos en esta estancia
encontrarle, pretendèmos
que con nosotros se vaya;
mas tanto se ha resistido,
que hasta echar mano à la helada
colera de esse puñal
ha llegado.
D.Juan. Pues què causa,
señor D. Luis, para esto

teneis?

Luis. Pues yà declararla
es fuerza, oìd; pero antes
os hago, señor, la salva
de que mi vida, ò mi muerte,
del efecto que en vos haga
la noticia mia, pende.
Desde que vì à Doña Clara,
vuestra hija, la entreguè
mi alvedrio, aliento, y alma;
que me hallo favorecido
no digo, pues solo alcanza
à saber mi fiel anhelo,
que su beldad soberana
nunca ha graduado ofensas
mis tiernas amantes ansias.
Siguiendo vengo sus luces,
por esto dexè mi casa,
mis padres, hacienda, y deudos;
y asi, señor, à tus plantas
te pido, que me concedas
su preciosa mano blanca,
ò que con aqueste acero
deshagas mis esperanzas,
pues sin su hermosura, y con
mi vida, es intencion vana
pretender, que un solo passo
buelva a dàr àzia mi Patria.

Juan. Alzad del suelo à mis brazos,
D. Luis, que una vez errada
la accion, mas medio no queda
que el procurar enmendarla
en lo posible; y asi,
aunque gran pesar me causa
vèr, que cosa que podia
de vuestra casa à mi casa
tratarse, pues se seguìa
tanta conveniencia à entrambas,
de aquesta forma imprudente
ayais pretendido: Clara
desde aora es vuestra, mas
que haveis de dàr, cosa es llana,
cuenta à vuestro padre de ello,
pues no està bien à mi fama
permitirlo de otra forma,
aunque yà con vos casada
es preciso quede, de
qualquiera suerte.

Clar. Albricias, alma.

Luis. Permitid, que à vuestros pies
una, y mil veces.

D. Juan. Levanta,
y al punto de darle cuenta
de todo a tu padre trata.

Luis. Pues de los dos uno quede
conmigo, y el otro parta

A los Criados.

à dàr noticia à mi padre
de todo.

1. Yo al viento alas
pedirè para llegar
con brevedad.

Quix. O, ò, y quantas
cosas consigue mirar
el que sigue la extremada
ley de Cavallero Andante!

Dor. Ves como el Cielo à tus ansias
diò alivio?

Clar. Dichosa he sido.

Luc. De mì, hermosissima Clara,
recibe la enhorabuena.

Clar. Yo la aprecio con el alma.

Fer. Toda esta Venta es prodigios,
Cardenio.

Card. Cosas bien raras
han passado en ella en breve
espacio.

Cura. De sus mudanzas
ha hecho esfera la fortuna
à esta Venta.

Maes.

Maes. Tan estrañas
cosas han passado en ella,
que à no verlas, no acertàra
à creerlas.
Salen el Ventero, Zorayda de Mora, y D. Antonio de Cautivo.
Vent. Yo, señor,
no tengo en toda la casa
lugar en donde poder
acomodaros.
Ant. Mal aya
el cruel sañudo influxo
de mi estrella siempre ayrada.
Dor. No assi os desconsolèis, que
por lo que toca à essa Dama,
con nosotras lo mejor
que se pueda, acomodada
quedarà. *Vase el Ventero.*
Ant. Por tal favor
rendido os beso las plantas.
Zor. Y yo las gracias que debo
os rindo, por merced tanta.
Quix. Vos, señor mio, parece
(segun el trage declara)
que sois Cautivo.
Ant. Lo he sido.
Quix. Y que essa fermosa Dama
es Mora, ò lo fue, à lo menos.
Ant. Es assi.
Quix. Pues yo, à Dios gracias,
fui siempre un poco curioso,
y assi de saber me holgàra
vuestra historia, por saberla,
y por si acaso mi espada
os puede de algo servir.
Ant. Yo os lo estimo: què fantasma *à p.*
es aquesta?
Card. Yo tambien
os suplico (si no os causa
disgusto) vuestros sucessos
nos digais, porque la rara
beldad de essa Dama, obliga
à esta curiosidad.
Ant. Para
que yo os obedezca, sin
el ruego, el precepto basta;
y assi, escuchad todos, pues
saber mi historia os agrada.
En las intrincadas, rudas,
fuertes Leonesas Montañas
(Patria que produxo Alcides
contra Sierpes Africanas,
que infestaban venenosas
el fertil Vergèl de España)
nacì de padres, que à un tiempo
lo noble, y rico gozaban;
que sin lo uno, lo otro
sirve de muy poco, ò nada,
pues lo rico sin lo noble
es fino oro en jerga vasta;
y lo noble sin lo rico
mas estorva que adelanta:
y la peor de ambas cosas
es aquesta, pues es clara
cosa, que ya en estos tiempos,
mas (en opuestas balanzas)
logra el Villano, que es rico,
que el Noble, que pobre se halla.
Apenas, pues, en mi rostro
diez y ocho señalaba
la muerte con breves lineas,
porque no se le olvidàra,
quando mis contados dias
su plazo à cumplir llegaban:
quando el permiso mis padres
dandome, que yo anhelaba,
à Flandes me partì, en donde
llegò à conseguir mi espada
(sin necessitar mi ilustre
sèr, amigos, ni galas)

elevarme à Capitan
de las Españolas Armas.
Despues, sabiendo la Liga
que con Venecia, y España
el gran Papa Pio Quinto
hacia contra la ayrada
saña ambiciosa del Turco;
pretendì en esta jornada
hallarme, y lo consegui.
Aqui empieza mi desgracia,
ò aqui empieza mi fortuna,
pues equivocadas ambas
tanto estàn, que no sè si
fueron dichas, ò desgracias.
En el Puerto de Mecina
se unieron las tres Armadas,
y mandadas por el Marte,
que à Marte pavor le causa;
por aquel, pues, que al mirar
blandida la fuerte Espada
en su mano, el Sol se eclypsa,
tiembla el suelo, y el mar brama:
en fin, por el Grande, Augusto
Principe D. Juan de Austria.
A viento; y mar embistieron,
y mar, y viento alhagaban,
con rafagas, y con olas
de nuestras Naves la saña.
A pocos dias la fuerte
grande numerosa Armada
del Turco, à encontrar llegamos;
y en media luna formadas
las dos Armadas, al son
de Clarines, y de Caxas
se embistieron, dando al ayre
tanta inmensidad de balas,
y tanto abismo de humo,
que este, del Sol la luz clara
llegò à ocultar con sus nieblas;
y al estruendo que formaban
los aspides de mètal,
las once Esferas sagradas
se estremecieron, al mundo
previniendo ruina infausta.
Trescientos mil Turcos fueron
de la siempre ayrada parca
tristes despojos; las mas
Naves suyas maltratadas,
en laberintos de espuma,
hallaron tumba salada.
Quince mil Cautivos, que
al Remo bogando estaban,
lograron aqueste dia
la libertad deseada.
Solo yo fuì el desdichado,
pues viendo à la Capitana
de Malta, que à la de Argèl
casi rendida se hallaba,
pues solo tres Cavalleros
con vida en ella quedaban,
à la de Argèl embistiò
mi Nave, y que iba mandada
por el grande Juan Andrea,
Marino Rayo de Italia;
A abordar en fin llegamos,
y con colera bizarra
à la Galera Morisca
saltè, donde fue mi Espada
Rayo, que contra sus vidas
sangriento incendio abortaba.
Dividiò sañudo el Mar
las Naves, por cuya causa
no pudieron mis Soldados
seguirme (pena tyrana!)
y assi cubierto de heridas
desde la frente à la planta,
à Cautivo, de triunfante,
passè en tan breve distancia.
Solo esta Nave logrò
(en la sangrienta Batalla)

es-

escaparse; y assi, à Argel
Esclavo fui, (pena rara!)
en donde despues de muchos
dias, mirè la extremada
beldad de Zorayda hermosa,
(que es essa Mora gallarda)
hija de Alì Aguimorato,
que fue Alcayde de la Pata,
empleo, que es entre Moros
el de mas honor, y fama.
Apenas la vì, rendido
quedè, con vida, y con alma.
Solicitaba ocasiones
de poder lograr mirarla;
en verla hallaba mi alivio,
y en verla, mi pena hallaba;
pues su hermosura en mi pecho
varios efectos causaba,
que lo hermoso, con lo honesta,
con lo grave, lo bizarra,
helaba quanto encendìa,
y encendìa quanto helaba.
En fin, un dia (ay de mì!)
consegui llegar à hablarla;
dila à entender, temeroso,
quan de veras la adoraba;
escuchò afable mis quexas,
oyò piadosa mis ansias,
y finalmente, me dixo,
que una Cautiva Christiana,
que huvo en su casa, y la havia
servido en su tierna infancia,
la aconsejò, que siguiesse
la Fè Catholica, y Santa:
que ser Christiana querìa;
pero que el medio no hallaba
de poderlo conseguir;
que si yo alguno encontraba,
y ayudarla resolvìa,
que assi que llegasse à España
serìa mi esposa, y que
pues pocas veces, ò raras,
podriamos conseguir
el llegar à hablarnos, para
tratar de estas cosas, que
por un balcòn de su casa
de noche por una cuerda
recibirìa mis cartas,
y las suyas me darìa.
Con dicha tan no esperada
empezè mi amante empressa,
coronado de esperanzas:
continuando tan felìz,
que dia no se passaba
sin que en mis manos tuviesse
de las suyas una carta.
Repetìa muchas veces,
los conceptos que expressaba,
y de lagrimas gozosas
sus caractères bañaba,
que tantas eran, que algunas
veces las letras borraban;
mas para poder leerlas
nunca à mì me hacian falta,
pues como en el corazon
todas impressas quedaban,
quando llegaba à leer,
donde borradas estaban,
en mi corazon leìa
las que en el papel faltaban.
En fin, con gran cantidad
de dinero, que bizarra
ella me diò, à un Renegado
(que al Gremio bolver deseaba
de nuestra Madre la Iglesia)
le hice una Barca comprára
en nombre suyo, y citando
hasta unos diez camaradas
mios, la noche elegida
dexò su casa Zorayda:

llegamos al puesto, y todos
entrando à un tiempo en la Barca,
maniatamos à los pocos
Moros que en ella se hallaban;
y haciendonos à la vela
viento, y mar nos dieron alas
para volar, pues à pocos
dias, yà las deseadas
Costas de España llegamos
à descubrir, mas la ayrada
fortuna, hizo aquella noche
que un Baxèl nos encontràra
de Franceses, dixonos
el Renegado, no hablàra
ninguno, que eran Cosarios;
y assi, aunque ellos preguntaban
què quienes eramos, nadie
quiso responder palabra;
pero soltando furiosos
dos balas encadenadas,
nuestro arbol mayor troncharon,
y abierta la infeliz Barca,
à fondo huvieramos ido,
si à nuestro ruego no echàran
su Esquife, en el qual à todos
à su Navio nos passan.
Despojaronnos de quantos
dineros, joyas, y alhajas
Zorayda, y el Renegado
traìan, luego su saña
à todos en una Vela
arrojarnos al Mar trata:
Mas mudando parecer
nos dieron en fin, su Lancha
para proseguir en ella
nuestro viage hasta España,
y à mi esposa diò el Patron
quarenta escudos en plata.
A la Costa, en fin, llegamos
de la grande Velez-Malaga,
en donde desembarcamos,
y dimos al Cielo gracias.
Allì tomò cada uno
su rumbo, y yo con mi amada
esposa, voy à vèr si
la siempre sañuda Parca,
de mi amado viejo padre
reserva la vida anciana.
Esta es mi historia, esta es mi
felicidad, y desgracia,
y estas son todas mis dichas,
porque yà con mi adorada
esposa, aùn las desventuras
passan de venturas plaza.

D.Juan. Còmo vuestro nombre es?
que no serà cosa estraña
os conozca, pues tambien
de las Leonesas Montañas
soy.

Ant. Mi nombre es D.Antonio
Viedma.

D.Juan. Hermano del alma?
dame mil veces los brazos,
que yà muerto te lloraba
mi cariño: D. Juan soy
tu hermano.

Ant. Tan no pensada *Abrazanse.*
dicha, sin accion me dexa.

Jua. Los brazos tambien, hermana,
me dad.

Zor. Y el alma con ellos.

Juan. Clara, à tus tios abraza.

Clar. Yo la enhorabuena à mì
me doy de dicha tan alta.

Ant.y Zor. La ventura solamente
mia es, hermosa Clara. *Abrazanse.*

Sale Maritornes corriendo, y encarase con D.Quixote.

Marit. Ay, señor, acuda presto
à estorvar una desgracia

à mi amo, què dos hombres
le estàn dando tan gran carda,
que creo que han de matarle,
segun de recio le cascan.
Quix. Por aora no hà lugar
vuestra pretension, madama,
porque nò puedo meterme
en ninguna de essas danzas,
si para ello la Princesa
licencia no me dà grata:
mas decidle à vuestro amo
se entretenga en la Batalla
lo mejor que pueda, en tanto
que la tal licencia alcanzan
mis ruegos de la Princesa.
Marit. De essa forma, quando vaya
yà estarà en el otro Mundo.
Quix. Esso importa poco, ò nada,
pues como la tal licencia
llegue yo à tener, es clara
cosa, que del otro Mundo
sabrà sacarle mi espada,
si el mundo, demonio, y carne
embarazarlo intentaran;
y quando no, sabrè daros
tan furibunda venganza,
que quedèis, por vida mia,
señora, mas que mediana
mente satisfecha.
Marit. Lleve
el diablo, loco, tu alma:
què en cosa que tanto importa
se estè con esta cachaza?
Quix. Fermosa Princesa, yà
de esta doncella (sentada
la verdad estè en su lugar)
havrèis oìdo la demanda:
y assi os pido...
Dor. La licencia
os doy.
Quix. Digo, una palabra: *à Marit.*
haced, que toquen à muerto
en la Iglesia mas cercana. *Vase.*
Todos. Vamos todos detràs de èl
à vèr en lo que esto pàra.
Vanse todos, menos Maritornes, y sale Sancho con una albarda.
Marit. Jesus, què diablo de loco!
mas aquì viene el panarra
de su Criado.
Sancho. Quiero, pues,
componer aquesta albarda,
yà que no hay nada que hacer.
Marit. O mi señor Sancho Panza!
Sancho. O mi Maritornes! quanto à pi
và, que el demonio me agarra
con esta muger? porque
sus dos ojillos traspassan
un corazon, aunque encima
quarenta coletos trayga.
Marit. De què estàs tan macilento?
Sanc. Es que aora pensando estaba
en que tus ojos...
Marit. Son negros.
Sancho. Sonlo, y pican.
Marit. Almaradas.
Sancho. En el corazon.
Marit. Puñales.
Sancho. Causando un incendio...
Marit. Agua.
Sancho. Que acà en el pecho...
Marit. Postemas.
Sancho. Una picazon dà.
Marit. Sarna.
Sanc. Que rabia porque la rasquen,
y quando la rascan rabia.
Mar. Pues rasquese con un canto,
verà como se le passa. *Vase.*
Sancho. Si yo huviera consentido
bravo chasco me llevaba!

Mas

Mas vamos à lo que importa,
que es darle quatro puntadas
à mi albarda, porque de ellas
tiene necessidad harta.

Sientase à componer la albarda, y sale el Barbero con guitarra cantando.

Canta Barb. El famoso D. Quixote,
y Dulcinèa del Toboso,
causan à la Mancha glorias,
y al Mundo mil alborotos.
Viva la Mancha, viva,
que criar sabe
Mancheguillos, que al Mundo
temblar le hacen.
Vaya, y mas vaya,
dale, y mas dale,
que esta es la Mancheguilla
tonada andante.

Sanc. Vive ños, que es el Barbero
de la refriega passada!

Barb. Hà compadre: mas què vèo?
Vive Dios, que esta es mi albarda,
y este el picaro ladron
que me la hurtò! hà perro, daca
mi albarda.

Assense los dos de la albarda.

Sancho. Còmo es aquesso
de daca, perro, y albarda?
èl es el albarda, el perro,
el daca, el toma, y el vaya.

Barb. Suelta la albarda, ò si no
los hocicos à puñadas
te deshago.

Sancho. Yo sabrè
à èl deshacerle las barbas.

Barb. Pues tomate essa. *Cascanse.*

Sancho. Pues toma essotra.

Salen todos, y los dos Quadrilleros, y Don Antonio saldrà de galàn.

Quix. Eu, què algazara
es esta?

Sancho. Que este vergante
la albarda, que en la batalla
vuestra merced le ganò,
quiere quitarme.

Quix. Ello es clara cosa,
que yo à este buen hombre,
en guerra buena, y honrada,
le ganè aquesse jaez,
que en su cavallo llevaba,
y el gran yelmo de Mambrino,
que Sancho en la alforja guarda.

Barb. Què jaez, ni què cavallo,
ni què yelmo, ni què haca?
Yo, señores, en mi burro
à mi Aldèa caminaba
un dia, y porque llovia
en la cabeza llevaba
la bacìa (que en mi Pueblo
soy el Barbero, à Dios gracias)
encontrè, pues, à este hombre
(que creo es, segun su traza,
el que llaman D. Quixote;
y sin decirle yo nada,
con el lanzòn enristrado,
me embistiò con furia tanta,
que dexè burro, y bacìa,
y arranquè à huir de su saña:
y el picaro del Criado
me hurtò bacìa, y albarda;
he hallado aqui à èl, y à ella
aora, y quiero cobrarla.

Quix. Hermano, yo no me meto
en que albarda aquessa alhaja
sea, mas en lo del yelmo,
entendèis poco de armas,
que èl es yelmo, y de Mambrino,
por aquestas cruces santas;
y porque se vea: Sancho,

vè,

vè, y aqui al punto le saca.
Sanch. Par Dios, si vuestra merced
no hace otra mejor probanza,
perdido el pleyto tenemos
desde aora, porque essa es mala,
pues ella es bacìa, como
mi madre muger.
Quix. Què aguardas?
Traele, y estos señores
diràn lo que en ello aya. *Vase Sanch.*
Barb. Vive Dios, q̃ haràn q̃ un hombre
se dè de calabazadas,
queriendo contradecir
lo que es mas claro que el agua!
Sale Sancho con la bacìa.
Sancho. Aqui està.
Quix. Vean ustedes
aqui aora, con què cara
dirà este hombre, que no es
yelmo este?
Barb. Ay tal matraca!
pues no se vè que es bacìa?
Maes. Señores, la verdad valga:
yo tambien Barbero soy,
y hà veinte años que carta
tengo de examen, y fuì
Soldado en mi edad passada:
y assi entiendo de herramientas
de Barberìa, y de Armas:
y que no es, digo, tan solo
bacìa esta, mas le falta
para serlo mas que a mi
me falta para ser Papa:
y tambien digo, no es
este yelmo entero, à causa
de faltarle la babera.
Quix. Esso es cierto.
Barb. O cataratas
tengo en los ojos, ò estàn
borrachos los que esto hablan.
Si esse es yelmo, y no bacìa,
como usted afirma, basta
que debe de ser jaez
la albarda?
Quix. En esso mi baza
saco; albarda me parece:
mas son tales, y tan raras
las cosas de este Castillo,
que el vino se buelve agua.
Cura. Y que Venta es en la que
aquesso mismo no passa?
Quix. Y assi, estos señores digan
si es albarda, ò no es albarda.
Card. Yo los votos tomarè
en secreto à todos.
Todos. Vaya.
Hace Cardenio que toma los votos.
Barb. La albarda en jaez me buelven,
como en Navidad, es Pasqua.
Quadrill. 1. Oyes, me parece que,
si las señas no me engañan,
este hombre es contra quien
mandamiento traemos para
prenderlo, porque soltò
à los Reos que llevaban
à las Galeras.
Quadrill. 2. Pues mira
el mandamiento, despacha.
Saca un libro, y hace que lee.
Card. El caso es buen hombre, que
todos à una voz declaran
conformes, que este es jaez,
y no albarda.
Barb. Quien tal habla
estarà hecho una uba,
que es, voto à Dios, tan albarda
como el padre que me hizo.
Los 2 Quadr. El es, favor à la santa
Hermandad, contra este infame.
Sacã varas de Justicia, y asen à D. Quix.

Quix. Què es lo que haceis, grã canalla?
Card. y Fern. Apartaos, què es aquesto?
Quadrill. Este papel lo declara:
Aqueste hombre à unos presos,
que su Magestad embiaba
à Galeras, con violencia
puso en libertà, y la santa
Hermandad manda prenderle;
nosotros, como estas varas
muestran, somos Quadrilleros,
y orden traemos firmada
de prenderle.
Quix. Pues borrachos,
gente vil, ruin, y malvada,
no Quadrilleros, ladrones
en quadrilla, si, panarras;
salteadores de caminos,
con licencia de la santa
Hermandad: quien el vergante
insolente, papanatas,
fue, que firmò mandamiento
de prision contra la hidalga
persona de un Cavallero
Andante? quien? quien no alcanza
à saber, que ningun Juez
tiene jurisdiccion para
prenderlos; y finalmente,
en Africa, Europa, y Asia
hay, ni havrà havido, ni havrà
(entre todos los que haya)
Cavallero Andante, que
con muy lindissima gracia,
à trescientos Quadrilleros
no sepa dar, si se enfada,
trescientos palos bien dados,
como aquel que no hace nada?
Quadr. 1. Esso aora lo veremos:
venid preso.
Ant. Camaradas,
ved, que estoy yo de por medio.
Quad. 1. Aunque el mundo lo estorvara
ha de ir preso.
Ant. Con efecto,
que mis suplicas no bastan?
Quad. 1. Aqui suplicas no sirven,
ni palabras.
Ant. Si palabras
no bastassen, bastaràn.
Quad. 1. Què han de bastar?
Ant. Cuchilladas, *Riñen.*
voto à Dios, que yà la poca...
Sanch. Yà se ha empezado esta danza.
Ant. Paciencia que tengo...
Sancho. Aprieta.
Ant. Se acabò.
Barb. Ay, què se matan!
Quix. A ellos, cuerpo de Christo,
que aqui està mi clinitarra.
Card. Muera, D. Antonio, todos.
Fern. A tu lado està mi espada.
Cura. Cavalleros, reprimid
unos, y otros la saña,
supuesto, que todo puede
sin desazon, ni desgracia
componerse.
Fern. Ant. y Card. De què forma?
Cura. De aquella, yà veis la rara
A los Quadrilleros.
locura de aqueste hombre;
y assi os pido, que en la instancia
no prosigais de querer
prenderle.
Quadrilleros. En todo postrada
nuestra obediencia teneis.
Cura. Yo os doy las debidas gracias.
Fern. Pues yo à vos os pagarè
lo que la bacìa valga,
y la albarda, si quedais
contento.
Barb. De buena gana.

Sancho.

Sanch. Digame usted, seor Maesse,
à como estamos de albarda?
Maes. Con ella, Sancho, te quedas.
Sanch. Si? pues voy à remendarla. *Vase.*
Cura. Vamos adentro nosotros.
Card. Fern. y Ant. Vamos, pues. *Vans.*
Quix. Si no ajustàra
el Padre Cura las pazes
ninguno vivo quedaba.

TERCERA JORNADA.

Salen D. Quixote, y Sancho Panza.

Qui. Què es lo que me quieres, hombre?
què me andas con que en secreto
tienes que hablarme? de què
estàs triste, y macilento?
què quieres, pues, y què tienes?
Sancho. Què he de tener, si en un Credo
volaron las esperanzas
que tenia de que presto
llegaria à ser Virrey,
ò de una Insula, à lo menos,
Governador?
Quix. Pues què hay?
Sancho. Què ha de haver?
Quix. Dilo, camueso.
Sancho. Mal aya, amen, mi fortuna.
Quix. Acaba yà, majadero;
rabiabas porque te oyera,
y aora que te escucho, quedo
te estàs: vomita, animal,
pues yà te meto los dedos.
Sancho. Es el caso.
Quix. Dilo, pues.
Sancho. Què à mì me suceda esto!
Quix. Què và que à palos te hago
que desembuches el cuento?
Sancho. Què cuento, ni Satanàs,
si es un cuento todo ello?
porque el Gigante que has
de matar, es un enredo;
el tal Reyno es un demonio
que me lleve; el hechicero
del Rey padre, es Bercebù;
y la Reyna es, en efecto,
la puta que me pariò,
y aquesto es todo lo cierto.
Quix. Supongo, que tu has bebido,
y el vino aquestos enredos
te hace fraguar en la cholla.
Sanch. Què vino, ni què embeleco?
si no lo quieres creer,
vèn, y con tus ojos mesmos
veràs como la tal Reyna
Micomicona se ha buelto
en una Dama, que se
llama, si mal no me acuerdo
Dorotèa, y el Gigante
en un señor Cavallero;
que fue el que el tuerto le hizo,
y yà le ha deshecho el tuerto.
Quix. Mira, hombre, bien podrà
ser, que sea todo esso
como dices, mas aunque
ello sea assi, no es cierto,
porque yà tenemos visto,
que todo es encantamentos
este diablo de Castillo.
Yà viste como en dos cueros
de vino se bolviò el
Gigante que havia muerto:
de una ventana colgado
esta noche me tuvieron;
y la otra vez que estuvimos
aqui, yà viste tu mesmo
los diabolicos encantos
que à los dos nos sucedieron.
Sancho. Que fuesse encanto lo de
vuestra merced, no me meto,

mas que fue encanto lo que
à mi me sucediò, niego;
pues real, y verdadera
mente fue el manteamiento
que me dieron; por mas señas
que el uno de los que asieron
la manta, fue este maldito
endemoniado Ventero,
que con mas risa que fuerza
me hacia andar por el viento:
y aquello en donde se llega
à conocer los sugetos,
mas es muy mala ventura,
señor, que no encantamento.

Quix. Ello, en fin, yo quiero ir
à vèr de essa Reyna, y Reyno
la transformacion que dices;
y si es asi, yo te ofrezco
hacer una, que los diablos
dèn à sì el tal embeleco. *Vas.*

Sanc. Quando querrà Dios sacarme
de ser andante Escudero. *Vase.*

Salen por distintas puertas Cardenio, y Lucinda sin verse.

Card. Hasta aqui, de ti, fortuna
se quexò mi triste suerte,
pues nunca consiguiò verte
compassiva, vez alguna:
cruel, fiera, è importuna
fuè conmigo tu influencia,
me diste con mi paciencia
de tus rigores el ceño,
è hiciste sañuda, empeño
de vencer mi resistencia.

Luc. Hasta aqui contra mi vida,
hado iracundo, y severo,
de tus rigores lo fiero
obstentaste sin medida:
una, y otra cruel herida
de ausencia, sustos, y enojos,
fueron miseros despojos
de mi amor, y en triste calma
los sentimientos del alma
exalaba por los ojos.

Card. Mas, al fin, como deidad,
de mì te has compadecido,
y tu piedad tanta ha sido,
como fue tu crueldad:
mal digo, que tu impiedad
nunca fue tan superior,
que aya igualado al favor
que he recibido de ti,
pues yà, ni aun tu puedes (si)
hacer mi dicha mayor.

Luc. Mas quando ningun consuelo
possible à mi mal hacia,
hallè en ti la dicha mia,
si en ti hallè mi desconsuelo:
intentaste con desvelo
(en pesares rigurosos,
y en bienes maravillosos)
al mundo dàr à entender,
que tienes poder de hacer
desdichados, y dichosos.

Card. Pues: mas, esposa querida?

Luc. Adorado dueño mio?

Card. Vida del aliento mio?

Luc. Del aliento mio vida?

Card. Pues yà la cruel, reñida
suerte, de sus fieros lazos
nos soltò.

Luc. Pues yà los plazos
se cumplieron del tormento.

Los 2. Hallen mi gozo, y mi aliento
segunda vida en tus brazos.

Abrazanse.

Card. Gracias doy de lo indignada.

Luc. Yo gracias doy de lo impìo.

Card. A mi suerte.

Luc. Al hado mio.

*Card.*Pues su colera irritada.
*Luc.*Pues su saña siempre ayrada.
*Card.*Hace creer mas superior.
*Luc.*Hace parecer mayor.
Los 2.(Al llegar piadosa à ser)
*Card.*La dicha.
*Luc.*El gozo.
Card. El placer.
Los 2.La felicidà, el favor.
*Card.*Paxaro, que corta el viento
con corvo alfange de pluma,
y despues en prision suma
se vè, lleno de tormento;
si rompe su encerramiento
es mas grande su placer,
que fue antes al posseer
la libertad que perdiò,
porque antes no conociò
lo que es llegarla à perder.
Nace la flor, que en el prado
gala es, que adorna la tierra;
sus luces el Sol destierra,
y su verdor queda ajado:
buelve su explendor dorado
à darla segunda vida,
y es su gozo sin medida,
mas que al llegar à nacer,
viendo logra posseer
vida que creyò perdida.
Bello arroyo, que à las flores
con musicas alhagaba,
y amante les retrataba
en sus aguas los colores,
dando con finos amores
perlas con que se adornassen,
y espejo en donde mirassen
de su perfeccion lo hermoso,
porque con desvelo ansioso
sus bellezas aliñassen:
Mansamente mide el prado;
mas si atajan su corriente,
quando llega felizmente
su curso à haver restaurado,
que es su gozo mas colmado
à todos les dà à entender,
corriendo con mas placer,
y risa que antes corriò;
porque antes no llegò, no,
lo que era pena à saber.
El que una dicha tenerla
logra, ignora quanto vale,
hasta que al passo le sale
la desdicha de perderla:
mientras logra posseerla
felìz, no la estima tanto
como en llegando el quebranto
de perderla à padecer,
porque el llegarla à perder
la hace valer otro tanto.
Por esso paxaro, flor,
y arroyo alegres estaban
quando primero gozaban
su libertad, y verdor;
perdieron curso, y color,
y al llegar à posseerle,
como lo que el no tenerle
quanto costaba supieron,
mas dichosos se creyeron,
que no antes de perderle.
Arroyo, paxaro, y flor
fue mi amor, y en triste hado
llegò à perder desdichado
carrera, vuelo, y verdor:
oy se vè al primer favor
restituido; y como sabe
yà lo que es mal, es mas grave
que fue antes su placer;
como llega à suceder
al arroyo, flor, y ave.
Y assi, contento, y ufano

rindo gracias con desvelo
à la fortuna, y al Cielo,
por su rigor inhumano,
pues aquel dolor tyrano
oy llega mayor à hacer
mi dicha, quando al placer
me passa desde el pesar;
y sè en quanto he de estimar
el bien que logro tener.

Luc. Yo, siguiendo essa opinion:
mas gente viene à esta parte.

Salen Dorotèa, D. Fernando, D. Juan, y Maritornes.

Dor. Yà que es tiempo, me parece,
esposo, de que el viage
nuestro disponer tratemos.

Fern. Quando tu, esposa, gustares
sea; y Lucinda, y Cardenio,
puesto que al mismo parage
su rumbo es, podràn venir
con nosotros, si gustaren.

Card. Mal à tan crecida dicha
puedo llegar à escusarme.

Juan. Yo es fuerza aqui la noticia
espere de lo que el padre
de D. Luis resuelve.

Salen D. Antonio, el Cura, y el Maesse.

Ant. Vos
el mejor medio encontrasteis
que pudiera discurrirse
para caso semejante.

Fern. De què gusto, Padre Cura,
dà vuestro rostro señales?

Maes. Es, señor, para nosotros
el mayor que puede darse.

Dor. Pues todos interessados
en vuestras felicidades
somos, sepamos qual es
esta, porque os acompañen
en ella nuestros afectos.

Cura. Es, pues, que nuestros afanes
de reducir à la Aldèa
nuestro Cavallero Andante
el medio yà han encontrado,
pues en este propio instante
un Carro, que por la Venta
passaba, logrè ajustarle;
à fin de que con nosotros
hasta nuestra Aldèa marche,
conduciendo en el à Don
Quixote, con la admirable
invencion que he fabricado.
Aquesta es, pues, mas èl sale.

Sale D. Quixote armado, con lanza, y rodela, y la bacia del Barbero en la cabeza, y Sancho.

Card. Señor D. Quixote, què
causa vestir esse trage
os hace, quando el Castillo
todo en mansa quietud yace?

Dor. Señor, y valedor mio,
ved, que rezelar me hace
el veros de aquessa forma,
que algun grande riesgo...

Quix. A nadie
dè susto el verme adornado
de estos arrèos marciales,
que saben causar pavor
à vestiglos, y gigantes;
y vos, señora, un ratito
atentamente escuchadme.
Yo, alta, y fermosa señora,
he tenido en este instante
noticia (pues mi Escudero
de todo llegò à informarme)
de como vuestra grandeza
ha llegado à aniquilarse
tanto, que de gran Princesa,
y dueña de Imperios grandes,

à una particular Dama
reducida estais; no me hace
esto admiracion ninguna,
pues transformaciones tales
como estas, y mucho mas
exquisitas, y admirables
han sucedido, pues cierto
es, que ay siempre Nigromantes,
que unos persiguen furiosos,
y otros amparan afables
las empressas, y personas
de Cavalleros Andantes;
y assi, estraño no serà,
que alguno de los fatales
Magicos que me persiguen
oy vuestra persona grande
mude, y deshaga su sèr,
porque mi valor triunfante
no llegue à lograr el lauro
de esta aventura admirable.
Mas si esto ha sido por orden
del tal Nigromante padre
vuestro, por juzgar no es
mi invicto valor bastante
para lograr esta empressa,
hendiendo las formidables,
y desatoradas fuerzas
del descomunal Gigante,
que vuestro Reyno os usurpa:
Digo, que poco de achaques
supo de Cavallerias;
y que por mas que estudiasse,
ni de la Missa à la media,
ni quantas son cinco sabe,
porque si huviera leido
tan atento, y vigilante
como yo, los tales libros,
y proezas singulares
de Cavalleros, supiera
como otros, de mil quilates
menos de valor, y fama
de la que en mi llega à hallarse,
hicieron cosas mayores.
Y assi, si este extravagante
metamorfoseos ha hecho,
por lo que he dicho, que darle
no teneis credito alguno,
y haced deshacerle trate;
porque si no, juro à Christo,
(y juro al cielo radiante,
de la sin par Dulcinèa,
alma de este pecho amante)
que à vuestro padre, y al Reyno,
y al Castillo, y al Gigante,
(y al demonio que los lleve)
los arroje mi corage
mas alla de mas acà;
porque en llegando estos lances,
al padre que me pariò
le daria con un diantre.

Dor. Vuestro Escudero, señor,
llegò muy mucho à engañarse
en lo que os dixo; porque
aunque una mudanza grande
ha havido en mi, que mil dichas
ha llegado à franquearme,
y tan grandes, que aùn mi gozo
à explicarlas no es bastante,
con ser mi gozo tan sumo;
soy la misma que fuì antes,
y en la determinacion
aùn persevero, constante,
de que me ampare el valor
de esse brazo incontrastable,
que es azote de malsines,
y assombro de las edades.
Por tanto, vuestra bondad
buelva la honra à mi padre,
llegando a tenerle por
el mas sabio Nigromante

de todos; pues su gran ciencia
hallar, y profetizarme
supo, que vuestro valor
podia solo restaurarme
mi perdido Reyno, hallando
camino tan fixo, y facil
de hacerme dichosa, y
borrar mis adversidades:
y es tan cierto, que à no ser
por vos, creo que à mirarme
no llegàra en las delicias,
y venturas apreciables
que me veo, como pueden
decir los que estàn delante:
y aora, señor, lo que resta
es, el que nuestro viage
mañana continuèmos,
pues oy yà veis que no es facil,
que lo demàs del sucesso
(que yo espero favorable)
lo dexo de vuestro brazo
al valor inimitable.
Quix.Ven acà, truhan, velitre,
tacaño, embustero, infame,
insolente, vagamundo,
enredador, badulaque,
chismoso, hablador, bellaco,
ruin, infacundo, y vergante,
no me dixistes aora,
que era un enredo el Gigante,
que el Reyno era el gran demonio,
y la puta de tu madre
la Reyna? con otros mil
insolentes disparates,
que me dieron la mayor
confusion, que hasta aora nadie
llegò à tener en el mundo?
Vive Dios, que estoy por darte
tal untura, que te dexe
mas reluciente que un jaspe.
Sancho.Yo la doy por recibidas
mas en aqueste parage
oì, y vì lo que à usté dixe;
y no me hagan que hable,
porque dirè, juro à Dios,
(si llegan un poco à urgarme)
otras cosillas, que he visto.
Qui.Què has de haver visto tu, enjâbre
de malicias, y de enredos?
de mentiras almenaque,
filo de bellaquerias,
tesorero de maldades,
publicador de sandeces,
quitateme de delante,
ò yo me havrè de quitar,
por no llegar à matarte,
pues yà tus què sè yo què.
me tiene hecho un vinagre. *Vase*.
Sanch.Ello como la tal Reyna
tan Reyna estè como antes
estaba, yo desde luego
estos baldones, y ultrages
doy por muy bien empleados,
pues por llegar à mirarse
un hombre Governador,
mucho mas puede passarse. *Vase*.
Card. Rara locura de hombre!
Mar.Que no pueda yo al vergante
del Escudero, lograr *ap.*
algun chasquillo pegarle!
Cura. Pues bolviendo à proseguir
lo mismo que empeze antes
à contar; digo, que el medio
que encuentro para llevarle
à nuestra Aldèa (y el que
me parece que es mas facil,
y mas quando el fingimiento
empezado yà no es dable
continuar, pues haviendo
juntado la estrella afable

à D.Fernando, y à mi sà
Dorotèa, de semblante
mudaron todas las cosas)
es, el que (pues carruage
tenemos, gracias al Cielo,
yà en donde poder llevarle)
luego que lleguen al sueño
sus sentidos a postrarse,
en una jaula que tiene
el Ventero (y yo comprarle
determino) le metamos,
y disfrazados en trages
diversos, le acompañemos
todos, hasta colocarle
en el Carro; pues no hay duda
(que como de essos dislates
de los malevolos libros
de Cavallerias, trae
el juicio tan posseìdo)
ha de llegar a juzgarse
encantado, por lo qual
(tengo por muy indudable)
no ha de intentar cosa alguna
practicar para escaparse.

Juan. El medio creo que sea
el mejor que pueda hallarse.

Fern. Yo, que es el mas acertado
juzgo.

Card. Del propio dictamen
soy.

Ant. Pues manos à la obra,
y quanto sea tocante
al caso tener dispuesto
para al punto que llegare
à dormirse, sin perder
tiempo, executar el lance.

Maes. Vamos, que la hora no veo
de salir de estas andantes
aventuras, tràs de un loco,
que serlo à todos nos hace.

Luc. Con que, amiga, lo dè ser
Reyna, yà llegò à acabarse?

Dor. Todo lo que es apariencia
es fuerza breve se acabe.

Marit. Yo tambien en este encanto
quiero ir à tener parte,
porque hechizo, y sin mugeres
no puede hacerse, ni darse;
pues ninguno hallarà hechizo,
como en ellas no le halle.

Vanse, y sale Doña Clara.

Clar. Què largo parece el tiempo,
què dilatados los dias
à aquel que algo espera, y mas
quando espera alguna dicha!
Oy el Criado partiò
de D.Luis, à dàr noticia
à su padre de la grande
felice fortuna mia;
y con no haver aùn llegado
(ay de mi!) à cumplirse el dia,
ya me parece que tarda:
mas àzia aqui se encamina
el que es vida de mi muerte,
siendo muerte de mi vida.

Sale D.Luis. Adorado dueño mio?
bien que tu rara divina
hermosura havia dado
nuevo sèr, y vida al dia,
mostraron festivamente,
con demostraciones finas,
el Sol, el ayre, y el prado,
los arroyos, y avecillas,
con flores, trinos, y luces,
con susurros, y con risa.

Clar. A no haver visto en tu amor
de ser cierto señas fixas,
el verte tan lisonjero
hacerme temer harìa,
que doraba lo eloquente

lo falso de las caricias.
Luis. No dudo, que comunmente
es opinion recibida,
que sentir muy bien no sabe
aquel que muy bien se explica;
mas los que esta regla siguen
mucho de lo cierto distan,
pues quando expressiones muchas
al labio el corazon dicta,
(sean de quexas, ò de alhagos)
que hay mucho en èl acredita
de aquel afecto que expressa;
y al contrario, el que con tibias
razones à entender dà,
yà enojos, ò yà caricias,
ò muy poco siente, ò nada;
pues quando ay causa que irrita
el afecto, es fuerza sean
muchas, y muy repetidas
las voces, que es el alivio
que halla el mal en su fatiga:
estas el dolor las forma,
aunque el labio las explica;
y por esta causa son
muchas, y muy expressivas.
Nunca puede expressar tanto
(por mas que muy bien lo finja)
el que sin lesion se halla,
como el que tiene la herida:
aquel tiene que estudiar
lo que fingir determina;
y assi habla poco, porque
mucho tiempo necessita.
A este, como su dolor
està buscando salida
por donde expeler sus penas,
(por vèr si assi las alivia)
siempre le queda que hablar,
por infinito que diga.
Clar. Yo, contra aquesse argumento
digo: mas no determina
decir yà nada mi voz;
pues si no miente la vista
D. Quixote àzia esta parte
viene: à Dios, pues. *Vase.*
Luis. El tu vida
edades eternas guarde.
Al irse à entrar sale D. Quixote.
Quix. Pues señor D. Luis, con prisa
tanta, donde vais?
Luis. A vèr
si consigo las fatigas
del esperar, divertir
de esse prado en las delicias:
quedad con Dios. *Vase.*
Quix. El mozuelo
rebienta de hypocondrìa
amorosa: mas què mucho
si à mì mi dulce enemiga
Dulcinèa me hace que
tenga la enfermedad misma.
Mas descansemos un rato,
què mi persona rendida
està, y mañana, si Dios
nos lo permite, es el dia
de marchar en busca de
essa bestiaza maligna
del descomunàl Gigante.
Hagote mi colchon, silla.

Echase à dormir en una silla, y salen Cardenio, Fernando, Antonio, y el Cura con medias caretas en el rostro, y detràs Sancho, como acechando, y Dorotèa, y las demàs al paño, y D. Juan saldrà sin careta.

Dor. Desde aqui ocultas podemos
(sin llegar à ser sentidas)
verlo todo.
Sancho. Quien seràn

es-

estas visiones malditas,
que sin saber el por donde
vinieron, esta visita
nos hacen?

Cura. Aora, porque
no consiga destruida
dexar toda nuestra traza,
si es que acaso determina
resistirse en despertando,
atarle es cosa precisa
las manos. *Atanle las manos.*

Card. Pues assi sea.

Sanch. Què es aquesto? prisioncica?
esso no, juro à Christo,
mientras yo tenga boquita
con que dàr voces. Señor,
señor D. Quixote, aprisa,
dispierte, porque prenderle
intentan.

Dispierta D. Quixote. Que vocerìa
es esta? pero què veo?
Yo atado, Virgen bendita,
y cercado de fantasmas?
sin duda que la enemiga
esquadra de encantadores,
que persiguen con perfidia
mis valerosas fazañas,
encantarme determinan,
porque mi inaudito esfuerzo
no llegue à lograr dàr sima
à la espantable aventura
del Gigante (ò suerte impìa!)
ello no hay sino es tener
paciencia, que valentìas
con demonios, es lo propio
que à una tarasca echar guindas.

Sanch. Ira de Dios, y lo que
Mirando adentro.
àzia esta parte camina!

Quix. Toma, si llueven demonios.
El encanto es niñerìa.

Salen de Mascara en el trage que mejo parezca quatro hombres, y quatro mugeres cantando, y baylando, con hachas en las manos.

Music. El gran Paladìn
que oy resucita
la Orden insigne
de Cavallerìa,
à la Mancha dando
gloria esclarecida,
venza, rinda, postre,
triunfe, reyne, y viva.

Quix. Què es esto? elogios me cantan,
quando ellos me martyrizan,
atandome, y estorvando
triunfos à la Espada mia?

Canta Mug. 1. Ocupe tu persona
esta encantada jaula,
que al Micomicon Reyno
de llevarte se encarga.
Metenle en una jaula.

Canta 2. Pierde quantos rezelos
finja tu fantasìa,
mientras dicen alegres
nuestras voces unidas.

Todas. Que à la Mancha dando
gloria esclarecida
venzas, rindas, postres,
triunfes, reynes, vivas.

Quix. Què es aquesto? yo enjaulado?
mas si à costa de esta cuita
he de lograr acabar
la aventura peregrina
del Gigante, soy contento.

Sanch. Ay, amo del alma mia,
que preso vàs, y te dàn
con el Gigante papilla!

Sale el Maesse Nicolàs vestido ridiculamente con barba larga.

Maes. Paladin Manchego invicto,
flor de la Cavalleria
Andante, cuyo valor
oy su Orden resucita:
Ni susto, ni pesadumbre
te dè el mirar que tu invicta
persona en aquessa jaula
vaya, como và, metida;
pues yo, que el gran Lirgandèo
soy, Encantador; que cuida
de tu persona, y empressas,
con mi gran ciencia inaudita,
assi lo ordeno: porque
la sabia Mentironina
(que del furioso Gigante
los negocios apadrina)
de aqui à dos dias cabales
encantarte pretendia,
porque ir no pudiesses à
destruir à quien patrocina,
y encantandote yo antes
le quito el que lo consiga;
y en menos tiempo que adonde
el Gigante està podrias
tu llegar, conseguiràn
ponerte las ciencias mias
dentro de essa propia jaula:
quanto à mi amor debes, mira.
Y tu, Escudero el mas noble
que tuvo espada en la cinta,
barbas en rostro, y olfato
en las narices, camina
siguiendo fiel à tu amo;
que yo la Insula misma
que èl te ofreciò, te prometo,
por premio de tus fatigas.
Quix. Yo, sapiente Lirgandèo,
te doy las gracias debidas
por el favor que me haces,
que encantado yà creia
que iba por mis enemigos.
San. Yo tambien gracias cumplidas
le doy à usted, señor Don
Grangerèo, por la Insula,
que par Dios, y en mi conciencia
que la creì yà perdida.
Maes. De lo que os ofrezco, en nada
havrà la falta mas chica.
Cur. Logròse yà nuestro intẽto. *à p.*
Sale el Criado de D. Luis.
Cr. Señor D. Juan, dadme albricias.
Juan. Yo las mando: mas de què?
Dale una carta.
Criad. Aquesta carta lo diga
de mi amo, que tres leguas
de aqui le hallè, que venia
siguiendo al señor D. Luis.
Lee D. Juan para sì. Salen D. Luis, y las Mugeres.
Luis. Yo à saber esta noticia
(como el mas interessado)
llego.
Mugeres. A nosotras la misma
curiosidad nos arrastra.
Juan. Pues oìd todos mis dichas:
Aqui dice entra gustoso
en la union que determina
hacer su hijo con mi Clara;
y que oy por todo el dia
à esta Venta llegarà.
Esto en la carta me avisa;
y pues apenas mañana
Luis, y Clara, en compañia
de su padre quedaràn,
quando la jornada mia
bolverè à continuar,
à todos mi amor suplica
me acompañèis à este gusto.
Cura. Yo, sumo celebraria
hallarme en èl, mas yà veis
no

no me es possible.

Juan. No os insta
mas mi afecto, pues es justa
la disculpa.

Maes. A mi la misma
me valga tambien, señor.

Card. Pues yo, y mi esposa Lucinda.

Fern. Yo tambien con Dorotéa.

Los 2. En esta justa alegria
à acompañaros quedamos.

Juan. Pues en tanto, Clara, hija,
à D. Luis le da la mano.

Clar. Si doy con alma, y con vida.

Luis. Feliz mi amor, que logrò
el triunfo que pretendia.

Anton. De mi, D. Luis, recibid
la enhorabuena.

Zorayd. Y tu, prima,
de mi la admite.

Luis. Mi afecto
la aprecia.

Clar. Mi amor la estima.

Vent. Con que ay mañana en mi Venta
boda?

Marit. Assi fuera la mia.

Maes. Pues aora digan acordes
dulces clausulas festivas,
de mi ahijado celebrando
la persona, y valentia...

Todos. Todos dirèmos tambien
al compàs de su harmonìa...

Quix. Ea, Sancho, sigueme.

Sancho. Señores, hasta la vista.

Acabado el quatro siguiente, que acompañarà la representacion de los demàs, se entraràn en dos filas, y detràs D. Quixote, cuya jaula llevaràn en ombros los quatro Mascaras, y se dà fin à la Comedia.

Tod. y Mus. El gran Paladìn,
que oy resucita
la Orden insigne
de Cavallerìa,
à la Mancha dando
gloria esclarecida,
venza, rinda, postre,
triunfe, reyne, y viva.

FIN.

CON LICENCIA: EN MADRID. EN LA IMPRENTA del Mercurio, por JOSEPH DE ORGA. Año de 1750.

Se hallarà en la Librerìa de Francisco Lopez, frente las Gradas de San Phelipe el Real.

MUY SEÑOR MIO, Y MI VENERADO DUEÑO.

HE leido con atenta curiosidad la nueva Comedia que V. S. remite à mi Censura, su titulo: *El Alcides de la Mancha*, compuesta por un Ingenio de esta Corte. Y cierto, que he estrañado, aunque he agradecido sumamente, que me mande V. S. cosa semejante: Porque sobre no serlo yo, ni de genio, ni de profession, no sè de què pueda sospechar V. S. Numen de Poeta en mì. No obstante, si tiene algo de cierto aquel nuestro Hispanismo: *De Poeta, Medico, y Loco, cada uno tiene un poco*; de este podrà valerse mi obediencia, y desempeñar la cortedad mia.

Es cierto, que sobre las criticas leyes del versificar, para hablar poeticamente bien, son muchas, y harto dificiles las que deben observarse en las Composiciones dramaticas, para que gusten. Y aùn para que gusten à la moda de oy, creo, que el complexo de ellas es impossible de observar. La precisa concision de sucessos, con que debe reducirse lo representado à la serie, nada mas de un dia se mira con ceño, y no sè si con razon, en nuestra España; la qual hecha à las amenas suposiciones, con que fingiendo espacios, suponiendo hechos, refiriendose à acasos relativos, llenan sus Composiciones nuestros Comicos, estiman en mas la abundancia de un Lope, la inventiva de un Calderòn, que las rigidas observancias que prescriviò la Romana Antiguedad. Y dixe, que no sè si con razon, porque leyes que tienen por principio el *ad placitum* de los hombres, bien que doctos, por otro tal se pueden justamente mudarse, quando, como en España, lo juzguen los Doctos conveniente. El Cavallero Autor de esta Obra, observa esta regla, y las demàs tan bien, que escogiendo thema fecundo de hechos, sin salir de lo natural, ofrece abundancia à el gusto. El Verso es natural, bastante energico, y comodamente expressivo; y en fin, es tan bueno el todo, que me dexa con sentimiento haga profession de Poeta quien tiene Numen para cosas mas altas. Nada contiene contra la Fè, y buenas costumbres, con que puede darsele con gracias la licencia que solicita. Assi lo siento, *salvo, &c.* En este mi Convento de Trinitarios Descalzos, Redempcion de Cautivos, de Madrid. Septiembre à 7. de 1750.

B. L. M. de V. S. su seguro Capellan, y Servidor

Fr. Alexandro de la Concepcion.

J. M. J.

M. P. S.

OBedeciendo la orden de V. A. he leido una Comedia, intitulada: *El Alcides de la Mancha, y famoso D. Quixote*, compuesta por un Ingenio de esta Corte; y sobre no haver hallado en ella clausula alguna opuesta, ò no conforme à nuestra Santa Fè, rectas costumbres, y Regalìas de S. M. me he complacido de vèr en ella observadas con cabal exactitud las tres unidades de tiempo, de accion, y de lugar, tan encargadas por los Maestros de esta dificil Arte, como universalmente abandonada de nuestros Comicos Españoles. Si es verdad que Talìa es la Musa que influye en lo Comico, segun lo comun,

Comico lascivo gaudet sermone Talia;

me persuado à que el Cavallerito Autor (sin rozarse, ni en una palabra con el segundo adjetivo del Verso) se ha sabido adquirir, por la floridèz de su edad, y otras prendas, lugar harto privilegiado en los Sitialillos del Estrado de esta Madama. Este es mi sentir, *salvo, &c.* En este Convento de Carmelitas Descalzos de San Hermenegildo de Madrid à 26. de Agosto de 1750.

Fr. Juan de la Concepcion.